

MIRIAM LAVILLA

ACEPTAMOS MARIDO COMO ANIMAL DE COMPAÑÍA



La divertida y desenfadada Serena de Brie nos cuenta, a través de los artículos que publica mensualmente en una revista femenina, la vida amorosa de Natalia, una joven treintañera que desea encontrar por fin un marido.

Con grandes dosis de humor e ironía, Serena nos hace partícipes del desastroso pasado y del supuestamente prometedor futuro sentimental de Natalia: desde los fracasos que cosechó en primaria hasta su loco verano en Benidorm, pasando por una relación con el típico pesado que no hay forma de quitarse de encima.



Miriam Lavilla

Aceptamos marido como animal de compañía

ePUB v1.0
3L1M4514517.10.15

más libros en epubgratis.org

© Miriam Lavilla, 2012

Avda. de Burgos, 30 28036-MADRID, ESPAÑA.

Ilustraciones de Joaquín González Dorao (Portada y páginas: 4, 17, 50, 75, 105); Antonio Lavilla
Marco (Páginas: 26, 33, 59, 92, 115) y Miriam Lavilla Muñoz (Páginas: 43, 66, 126, 148)

Fecha edición: julio de 2012

ISBN: 978 - 84 - 615 - 9993 - 6

Doc:Octubre 2012

Presentación Nueva Sección De La Revista “tú Misma”

Seguro que te lo has preguntado muchas veces. Bien, pues desde las páginas de “Tú Misma” vamos a orientarte un poco. Estas Navidades te regalamos una nueva sección a cargo de Serena de Brie. Prepárate para aprender todo lo que deberías saber sobre los hombres y nadie te enseñó. Serena estará encantada de atender todas tus consultas.

ANSELMA FUENDETECLA Directora de “Tú Misma”

Serena de Brie nace en 1957 en el barrio de Saint Aspais, en Melun, situado en la provincia de Seine-et-Marne, en un meandro del Sena, entre las comarcas de Brie y Gâtinais (de ahí el apellido de nuestra Serena).

Allí pasa su infancia y durante su adolescencia conoce a Michelle Matétine, condesa de Cocumont [Miguela Miteta, condesa de Montecornudo], en el bosque de Fontainebleau, uno de los rincones favoritos de los parisinos para pasar los fines de semana.

En aquel tiempo, Michelle Matétine era presidenta de la Fundación La Clovisse Heureuse [La Almeja Feliz] una institución homóloga de la Sección Femenina de la Falange Española y de las JONS pero con una ideología extremadamente innovadora para la época. [Con el fin de identificar correctamente las diferencias entre ambas instituciones adjuntamos, al final de este reportaje, un extracto de la Sección Femenina y otro de La Clovisse Heureuse a modo comparativo]

Fue la autora de best-sellers como *Dont les hommes ne veulent pas...*, *DEUX* (De lo que no quieren los hombres..., *DOS*) y del *Décatalogue du mariage bien accordé* (Decálogo del matrimonio bien avenido) incluido éste en el libro de texto para la formación de la mujer de La Clovisse Heureuse.

Madame Matétine tiene una participación muy activa en la Revolución de mayo del 68 e influye notablemente en la jovencita De Brie. Pronto se la lleva a vivir con ella y su quinto marido a París, donde obtiene la licenciatura en Filosofía y Letras por la Universidad de París-Dauphine y donde, cuatro años más tarde, consigue licenciarse en Sociología por la Universidad de París III, Sorbonne Nouvelle.

Al finalizar sus estudios, Serena visita en la cárcel de Dijon a madame Matétine, que se encuentra detenida por escándalo público. Durante una estancia en Nueva York, donde cursa un máster MBA, recibe malas noticias: su protectora, madame Matétine, ha fallecido trágicamente a los ochenta y nueve años de edad, la misma noche de bodas, junto a (o para ser más precisas, debajo de) su séptimo esposo.

Después de este fatal revés, y tras haber roto cualquier tipo de relación con su familia, que la considera la oveja negra, se marcha a Londres, donde empieza a escribir sus primeros ensayos e interviene en importantes conferencias.

Cinco años más tarde llega a Madrid, donde reside actualmente.

Entre sus libros, escritos en francés, inglés y castellano, destacan: *Vieillir avec dignité* (Envejecer con dignidad), *Des mythes erronés: Aller ta première fois, comme les vaches à l'abattoir* (Los mitos erróneos: Ir a tu primera vez, como las vacas al matadero), *How to prevent them from treating one like a slipper* (Cómo evitar que le traten a una como a una zapatilla), *When do I allow him to touch my teats?* (¿Cuándo me dejo tocar las...?), *El maltratador físico y psíquico: cómo mandarlo a hacer puñetas*, Freud era, además de un «aburrevacas», un auténtico cantamañanas, y un largo etcétera.

Asimismo ha participado como ponente en las jornadas patrocinadas por la Chirling House, [La Casa de la Chirla] de la cual es presidenta en la actualidad, en Folkestone, en el Parrot Speaker Hall Center [El Centro de actos de La Cotorra Parlante] donde, entre muchos otros temas, desarrolló una de sus tesis más brillantes: *The cellular, a Devil's tool* (El móvil, una herramienta del demonio) basándose en la teoría de que medio mundo engaña a sus esposas o maridos sin que éstos sepan por dónde andan ni con quién.

Esperamos que disfrutéis mucho con la lectura de esta nueva sección.

Extractos de la Sección Femenina de la Falange Española y de las JONS, editados en 1958.

Ten preparada una comida deliciosa para cuando tu marido regrese del trabajo. Especialmente,

su plato favorito.

Ofrécete a quitarle los zapatos.

Habla en tono bajo, relajado y placentero. Acicálate: retoca tu maquillaje, coloca una cinta en tu cabello. Tienes que estar atractiva para él.

Tras un duro día de trabajo quizá necesite un poco de ánimo, y uno de tus deberes es proporcionárselo.

Durante los días más fríos deberías preparar y encender un fuego en la chimenea para que él se relaje frente a las llamas.

Después de todo, preocuparse por su comodidad te proporcionará una satisfacción personal inmensa.

Minimiza cualquier ruido. En el momento de su llegada, evita tener en marcha la lavadora o el aspirador.

Salúdale con una cálida sonrisa y demuéstrale tu deseo por complacerle. Escúchale, déjale hablar primero; recuerda que sus temas de conversación son más importantes que los tuyos. Nunca te quejes si llega tarde, o si sale a cenar o a otros lugares de diversión sin ti. Intenta, en cambio, comprender su mundo de tensión y sus necesidades reales. Haz que se sienta a gusto, que repose en un sillón cómodo, o que se acueste en la habitación.

Ten preparada una bebida fría o caliente para él.

No le pidas explicaciones acerca de sus acciones ni cuestiones su juicio o integridad.

Recuerda que él es el amo de la casa. Anima a tu marido a poner en práctica sus aficiones e intereses y sírvele de apoyo sin ser excesivamente insistente.

Si tú tienes alguna afición, intenta no aburrirle hablándole de ésta, ya que los intereses de las mujeres son triviales comparados con los de los hombres. Al final de la tarde, limpia la casa para que esté reluciente de nuevo por la mañana.

Prevé las necesidades que tendrá a la hora del desayuno.

El desayuno es vital para tu marido si debe enfrentarse al mundo exterior con talante positivo.

Una vez que ambos os hayáis retirado a la habitación, prepárate para acostarte lo antes posible, teniendo en cuenta que, aunque la higiene femenina es de máxima importancia, tu marido no quiere esperar para ir al baño.

Recuerda que debes tener un aspecto inmejorable a la hora de ir a la cama...

Si debes aplicarte crema facial o rulos para el cabello, espera hasta que él esté dormido, ya que eso podría resultar chocante para un hombre a última hora de la noche.

Por lo que respecta a la posibilidad de relaciones íntimas con tu marido, es importante recordar tus obligaciones matrimoniales: si él siente la necesidad de dormir, que sea así, no le presiones ni le provoques.

Si tu marido sugiere la unión, entonces accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer.

Cuando alcances el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar.

Si tu marido te pidiera prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes.

Es probable que tu marido caiga entonces en un sueño profundo, así que acomódate la ropa, refréscate y aplícate tu crema facial de noche y tus productos para el cabello.

Puedes entonces programar el despertador para levantarte un poco antes que él por la mañana.

Esto te permitirá tener lista una taza de té para cuando él se despierte.

Decálogo del matrimonio bien avenido,

según La Clovisse Heureuse, escrito por Michelle Matétine, condesa de Cocumont.

1. Cuando vuelva del trabajo, sobre todo si suele venir con un humor de perros, es mejor que desaparezcas. Esto te va a evitar muchas discusiones, te lo aseguro.

2. Una nota amable colocada en la nevera del tipo: "Cariño, he salido de compras. En el frigorífico tienes comida". (Ya sé que eso es evidente para nosotras, queridas. Pero ellos nunca saben dónde se guardan las cosas de la casa) "No llegaré tarde, pero no me esperes para cenar", será de lo más acertado. Sobre todo, porque si se hace la cena, tú te la encontrarás hecha y podrás

aprovechar lo que él haya cocinado.

3. Si no hubieras tenido la precaución de planificar ningún quehacer previo, y aunque tú regreses a casa una hora antes que él, aprovecha ese tiempo para descansar y espera a que él llegue para pasar el aspirador, poner la lavadora, la secadora, el lavaplatos, etcétera. De este modo le dejarás bien claro que su jornada de trabajo ha finalizado pero la tuya no.

4. Y quéjate. Laméntate mucho de lo cansada que estás, de lo mucho que te duele la espalda, de todo el trabajo acumulado que tienes...

5. Si él decide colaborar, jamás le reproches su manera de limpiar. Si lo haces, dejará de ayudarte inmediatamente argumentando que lo hace muy mal, que no sabe hacerlo, o que tú lo haces mucho mejor. Ten muy presente, siempre, que será preferible quitar unos esplendorosos restos de jabón en la encimera de la cocina, que una pila inmensa de migas y goterones de vino, por todas partes.

6. Es del todo previsible que él se desvestirá y dejará tirados los calzoncillos, los calcetines y la camisa sucia sobre cualquier silla o en cualquier rincón. Si tú vas tras él a recogerlos, lo estarás maleducando. Debes hacer de tripas corazón y dejarlos allí hasta que un día te diga: — Amor, no tengo camisas en el armario, y ya no me quedan calzoncillos, ni calcetines limpios.

Entonces, le dirás, con cara atónita: — Pero, pichón, ¿no puede ser! ¡Si esta semana he puesto cuatro lavadoras! Inmediatamente después, te harás la enconadiza con el caos de ropa sucia y exclamarás con gesto de consternación: — ¡Oh, solete!, ¡Si están todos aquí!, ¡Claro, soy tan torpe, cachito mío! Sólo he lavado lo que estaba en la lavadora.

Cuando tenga que pulverizar por séptima vez el desodorante directamente sobre la camisa y se vea obligado a dar la vuelta a su ropa interior para ponérsela de nuevo, habrá entendido perfectamente que lo más práctico es echar la ropa sucia en ese «aparato, con ventana, que hay en la cocina».

7. Nunca, bajo ningún concepto, le chilles. De todos es sabido que el hombre no atiende a escándalos. Se bloquea.

Es decir, él observará, presumiblemente con atención, tu rostro y reparará en que éste gesticula violentamente, que haces varias muecas con tu cara, que agitas violentamente tus brazos y que ejecutas grandes aspavientos con tus manos. Acaso perciba, igualmente, que las lágrimas recorren tus mejillas, pero un transformador interno lo hace desconectarse de lo que estás gritando. Ni lo intentes, querida, no te escuchará. Si quieres, compruébalo tú misma. Haz la prueba definitiva: cuando estéis en medio de una discusión, ponte a chillar como una loca y dile cualquier cosa, por ejemplo: «Que sepas, Rudolph, que te estoy poniendo unos lindos cuernos».

Se quedará igual que estaba, sin inmutarse.

8. No es necesario que le des ninguna explicación cuando no tengas ganas de copular. Si le dices que tienes la regla, lo habrás fastidiado todo, porque él pensará que no se puede hacer nada los días en los que tú tienes la menstruación y eso es muy contraproducente, porque a ti puede apetecerte uno de esos días.

Con la correspondiente protección de sábanas y colchón, se puede practicar sexo estupendamente. Es más, acostúbralo cuanto antes. Enséñale que la sangre no muerde, ni proviene de una herida mortal. Un método muy eficaz es mantenerlo en abstinencia durante el mes completo y seducirlo justo en esos días.

Ya sabrá lo que hay: o eso, o nada. Si te excusas diciéndole que tienes jaqueca, entonces él se hará la víctima con sus amigos contándoles que tiene una mujer que no lo satisface sexualmente porque nunca está dispuesta.

Es mucho más simple: vistes un esquijsama de acolchada franela bien cerradito en los puños y en el cuello, te pones cuatro rulos y una mascarilla en el rostro, preferiblemente de color, y te abrazas a él tiernamente mientras efectúas suaves palpamientos en sus partes íntimas. Inmediatamente después será él quien te diga que está muy cansado, que tiene jaqueca, o que al día siguiente debe madrugar.

9. No te quejes si tiene aficiones. Todo el tiempo que él se encuentre fuera de casa, es el que tú vas a tener de descanso y relax.

Date un baño con espuma, sal a pasear con tus amigas, ve al cine, de compras... Nunca le censures que salga con sus amigos por las noches y que llegue tarde. Así él tampoco te reprenderá cuando lo hagas tú.

Además, hábitualo, con la mayor brevedad posible, a que lo vas a hacer muy a menudo. Invéntate una cena mensual con cada grupo de amistades. Esto es, una cena mensual con las compañeras de trabajo, una cena mensual con las del gimnasio, una cena mensual con las del instituto, y una cena mensual con las de la universidad. Esto suma un resultado de cuatro cenas mensuales, que son las cuatro semanas del mes.

Tu trabajo, las amigas, el gimnasio y la peluquería no pueden faltar en tu vida. Son indispensables para mantener tu salud mental. Fíjate, adicionalmente, en la de incómodas tareas que vas a poder evitar si tienes otros planes alternativos de ese tipo.

Por ejemplo, él te dice: «El martes viene a visitarnos mamá». Y tú contestas: «¡Ah, qué pena, melocotoncito! El martes tengo masajista. Pero atiéndela tú, tulipancito, y no se te olvide invitarla a tomar una taza de té».

10. Intenta, en la medida de lo posible, no comenzar nunca una pelea; pero si ya se ha originado, acábala cuanto antes. Sé consciente de tu condición de mujer: como se te quede algún pesar encallado, tendrás que reprocharle toda la vida algo de lo que ni siquiera se acuerda, y eso es muy molesto.

Es muy importante que le hables calmadamente y con paciencia. Y, a cada pausa, trata de nombrarlo con un cariñoso apelativo.

No fallan nunca los que te hemos dado en este texto: cariño, amor, pichón, solete, cachito mío, melocotoncito, tulipancito, querido... De este modo podrás decirle cualquier cosa sin que él piense que lo estás amonestando. Y, lo más importante, hasta te entenderá.

Introducción

«Quien tenga oídos, que escuche.»

JESUCRISTO

Estimadas lectoras:

A partir de este número, la directora de la publicación me ha concedido el honor de permitirme entrar en vuestras casas para aportaros mi humilde y modesta ayuda en la ardua tarea de encontrar un buen marido.

Partamos de la base de que tanto hombres como mujeres estamos hechos de la misma pasta, lo que se traduciría generalmente por «todos somos iguales». Pero no. Todos seremos iguales a los ojos de Dios, pero no todos somos lo mismo.

De todos es conocido que la actitud del hombre, respecto a ciertos aspectos de la vida, no es ni parecida a la adoptada por la mujer. Hice varios experimentos en mi juventud que confirman esta teoría. Por ejemplo, encuesté a chicos y chicas (en idéntico número) sobre el siguiente planteamiento: dos jóvenes se conocen durante un fin de semana cualquiera, se gustan, se intercambian los números de teléfono y acuerdan volver a verse el siguiente. ¿Qué es lo que se le pasa a cada uno de ellos (chico y chica) por la cabeza a lo largo de toda esa semana?

Las chicas no tardaron en dar por respuesta varias alternativas: «Me llamará el jueves, aproximadamente». «Parece que tarda un poco.» «Si me llama el mismo sábado para salir, le digo que no puedo... ¿Esperará que tenga otros planes, no? No voy a quedar como una arrastradilla.» «Si no me llama él, ¿debería llamarlo yo? ¡Ni hablar, a ver si se va a creer que estoy por sus huesos o que soy fácil.» «¿Qué me pongo?»... y un largo etcétera.

Los chicos ni tan siquiera entendieron la pregunta a la primera, y tras las pertinentes explicaciones contestaron: «¿Qué pienso de qué?» «Pues nada, que voy a salir con ella?» «¿Qué día llamo? ¡Y yo qué sé! El que pueda y me venga bien.» «Pues si tengo un plan mejor, lo dejo para el siguiente.» «¿Qué plan? pues una salida con mis colegas o un partido de fútbol.» «Pues si no puede ella ¿qué se le va a hacer? Otro día será.» «¿Qué que me pongo? ¡Joer, tía!, pues ropa.»...

Realmente descorazonador.

A lo largo de mi madurez me fui dando cuenta de que no sólo teníamos esa insignificante diferencia. Hasta nuestra educación era distinta a la de ellos: «Si mi niño sale con muchas chicas, es todo un conquistador.» «Si mi niña sale con muchos chicos, le parto la cara.»

Y no hablemos del comportamiento ante la casa, los niños, el trabajo y otras muchas cuestiones. Nuestro modo de ver las cosas es radicalmente opuesto al de los hombres. Y eso es ley de vida, desde que el mundo es mundo. Ilustres nombres de la psiquiatría, psicología, filosofía y sociología han contribuido a que nos hagamos ciertos líos, que no nos conducen a buen término. Sin ir más lejos, Sigmund Freud postuló la primera teoría sobre el desarrollo sexual progresivo en el niño. Con ella pretendía explicar también la construcción de una personalidad normal o anormal, siguiendo las siguientes etapas:

Oral: En esta fase se inicia el desarrollo sexual. Su principal característica es que el niño obtiene una satisfacción máxima al mamar durante el primer tiempo de vida, mientras que luego el placer lo encuentra en morder, son sadicocanivasitas (sí, con ese palabro).

Anal: Se divide en expulsiva y retentiva. El bebé experimenta placer al hacerse caca encima y luego al retenerla. (Va desde el año y medio, aproximadamente, hasta los tres años. Menos mal.)

Fálica: En esta etapa es en la que encontramos por vez primera el conocido «complejo de Edipo» y se conforma el «superyó». Pero, única y exclusivamente, entran en juego los genitales masculinos.

Latente o de reposo: Esta última fase del desarrollo es la propiamente genital. El hombre ya se ha enterado de para qué sirve su fallo y centra todo su interés en los órganos sexuales (eso no hacía falta que nos lo contara Freud) y, sobre todo, en mantenerlos latentes o en activo más que en reposo.

Según esta tesis freudiana, la alteración de una de estas fases conduce a la aparición de trastornos específicos sexuales o de la personalidad. Por tanto, para él, todas las mujeres debíamos de estar

de atar... y le vino al pelo para inventarse el psicoanálisis.

Es decir, según este indeseable reprimido (debía de tener poca actividad sexual para pensar tanto en ella en lugar de practicarla) las mujeres padecían la ausencia de la fase fálica y, por consiguiente, unos trastornos en la personalidad que no veas (así deben de explicar muchos hombres que le demos tantas vueltas a una cita). La niña, en plena edad de crecimiento, ya advierte que el niño tiene un órgano del cual ella carece, y con esto crea la estúpida teoría de la «envidia del pene» y dedica millones de páginas a la vida sexual de la mujer.

Y esta gran mentira dura hasta nuestros días, en los que te encuentras con tu hija, que sale de la guardería y te explica (radiante de orgullo): «Mamá, Alvarito tiene pene, pero yo tengo vagina». Y cuando, horrorizada, miras a la profesora, que se encuentra sonriente tras ella, te explica: «Es que ellas no tienen que notar la “ausencia”, que eso es muy malo. Es mejor que sepan que “algo” tienen, y cómo se llama». (¡Toma ya! Menos mal que no les enseñan cómo utilizarlo y usan a Alvarito de cobaya.)

En mi libro Freud era, además de un «aburrevacas», un auténtico cantamañanas empleé doscientas setenta y tres páginas en desenmascarar a este pequeño farsante. Es de la editorial Peanuts, os lo recomiendo.

Teniendo claras todas estas diferencias, ya contáis con una buena base para conocer al hombre. Pero, a partir de ahora, vamos a profundizar más en la materia. Ya sabemos que todos son diferentes pero algunos son, más que complejos, imposibles. Si aprendemos a diferenciarlos y los evitamos, nos quedará una amplia gama de varones entre los que podremos encontrar al marido acorde con nuestra personalidad y nuestros deseos. Seguramente penséis que es fácil, pero mirad al tipo ese (muy probablemente gordo, bajito, calvo y con problemas de próstata) que está tumbado en el sofá ante el televisor, cuando vosotras estáis dale que te pego a la plancha. ¿Y si os dieran la extraordinaria posibilidad de dar marcha atrás en el tiempo, y volver a empezar desde un punto, ¿eh? ¡Pues eso!

Esta sección que os proponemos no está dirigida a las mujeres que desde aquel nefasto día, mes o año decidieron abandonarse a la fuerza sobrenatural que las empujó a quedar ubicadas en el punto en que se encuentran en el presente, es decir, tras la tabla de la plancha. [Afección comúnmente conocida como garlic and water]. Este rincón de lectura está dedicado a:

1. Las jovencitas que empiezan a andar el camino, para que eviten los mismos tropiezos que, desgraciadamente, hemos sufrido todas. A aquellas chicas cuyas madres, abuelas o simplemente buenas amigas les han advertido en miles de ocasiones del peligro que les acechaba sin haber obtenido a cambio la menor atención por su parte. [Actitud denominada niflowers, o niflowering].

2. Las separadas, divorciadas o viudas que sueñan con comenzar una nueva vida junto a otro hombre. [Término al que los estudiosos en la materia le llamamos hacer el tonting, again o retonting]. Para que no yerren, dando finalmente con el mismo «difunto», [Definición exacta del elemento en cuestión que usaremos en adelante para el ex en cualquiera de sus versiones (sea separado, divorciado o malogrado). Ya que «supuestamente», y al igual que vosotras, pasó «a mejor vida»] aunque con distinta calva, barriguita cervecera y zarpas más o menos peludas que atrapan el mando del televisor en un eterno secuestro.

3. Las solteras que creen que su solitaria existencia mejoraría teniendo compañía. [Es decir, a todas aquellas que practiquen el pardilling].

En realidad, a todas éstas les recomendaría que se dirigieran directamente a los siguientes centros:

- Perrera Municipal. C/ Salsipuedes, 30, 28187, Madrid. Teléfono: 91 823 45 67, donde pueden adoptar un animal doméstico.
- Casa Residencia de la Tercera Edad Buenavista. C/ Aversiloves, 7, 28350, Madrid. Teléfono: 91 765 43 21, donde los ancianos le agradecerán una visita y un pedazo de pastel, una vez al mes.

Cada publicación, a partir de este momento, describirá fielmente un tipo de hombre, dará las instrucciones de uso oportunas para esa clase de individuo, y dedicará una página más a vuestras

consultas, dudas, ruegos y quejas. Debo comunicaros, no obstante, que quejas tenemos todas y que debéis intentar, en la medida de lo posible, no extenderos demasiado con las mismas. De otro modo, no habrá cabida para más contenidos.

Además, debemos añadir que ni la dirección de la revista, ni la editorial o servidora nos hacemos responsables de que los consejos aquí dispensados os sean de gran utilidad, ya que existen varios niveles de niflowering, retonting o pardilling, y si vuestro caso es incurable, no hay guía que os salve del considerable batacazo (crashing). A continuación, voy a facilitaros el calendario editorial para el año que comienza:

Nº 216 — Ene-07: «Pon un cerdo en tu vida»

Nº 217 — Feb-07: «El perro del hortelano»

Nº 218 — Mar-07: «El hombre pegatina»

Nº 219 — Abr-07: «El hombre ideal»

Nº 220 — May-07: «Asimilando conceptos, el metrosexual no existe: el macho ibérico»

Nº 221 — Jun-07: «El atormentao»

Nº 222 — Jul-07: «Turismo sexual: el hombre clínex»

Nº 223 — Ago-07: «El venusino, el flipao, el tarao o el psicotrópico»

Nº 224 — Sep-07: «El tío legal»

Nº 225 — Oct-07: «Tú y Peter Pan»

Nº 226.— Nov-07: «¡Cómo está el patio!»

Nº 227 — Dic-07: «Conclusiones finales: quiero un marido español»

Espero que os guste. Feliz Navidad.

Serena De Brie

PON UN CERDO EN TU VIDA

«Clinton mintió. Un hombre puede olvidar dónde aparcó el coche, o dónde vive, pero jamás olvidará una mamada... no importa lo mala que haya sido.»

BARBARA BUSH

A mí no me la das, querida mía. Sé positivamente que cuando contabas con tan sólo siete años de edad te gustaba Eduardito.

Eduardito era ese niño de tu clase, de un saludable tono rosáceo, que durante los recreos te tiraba de las coletas y te levantaba la falda. Era campeón de tiro de arroz con canuto, no aprobaba ni por equivocación del profe y, a hurtadillas, pegaba los mocos bajo el pupitre.

Y sé de buena tinta que te gustaba porque ¡A TODAS NOS GUSTABA EDUARDITO! Lo que ocurre es que nos daba vergüenza confesarlo en público, y lo sufríamos como las hemorroides, en silencio.

En ese preciso instante ya te das cuenta de que algo no marcha bien en tu cerebro. Reconócelo: deberías correr a buscar a un psicoanalista de guardia que cobre barato. ¿Por qué si no entre todos los niños del cole te gustaba precisamente Eduardito? Pues muy sencillo, mi adorada pupila. Lamento contrariarte pero has de saber, con la mayor urgencia posible, que las féminas venimos a este mundo con un pequeño defectillo de fábrica que debemos asimilar y aceptar cuanto antes: a todas nos va la marcha.

Eduardito vive feliz del todo. Totalmente ajeno al revuelo que está levantando. Él juega a vaqueros, a indios, a superhéroes, a partirse el espinazo con el «churromediamangamangaentera» como un cretino que, a fin de cuentas, es lo que es. Y, de vez en cuando, orando de cara a la galería, admite públicamente que su novia es Purita, Pepi, Paqui, Conchi o Juani, con la consabida satisfacción de la citada elementa que, dicho sea de paso, es siempre mucho más fea que tú y está más gorda.

Pero, en realidad, lo que le ha influido a la hora de pronunciar el nombre de la susodicha ha sido el sentido, la trayectoria, la fuerza de la gravedad, la velocidad y el punto exacto de su hueca cocorota donde ha recibido la última pedrada en el patio. Porque mañana mismo vuelve a mudarse de novia, y pasado ya no es ésa, sino la que se sienta a su lado en Mates.

Afortunadamente crecemos y, además, mucho más rápidamente que ellos (esto es una bendición, no en todo íbamos a estar en desventaja) y cuando te encuentras por los pasillos con Eduardito — en un ya avanzado estado de acné juvenil— va dos cursos por debajo del tuyo, lo miras con verdadero asombro y clamas al cielo: «Pero ¿cómo me podía gustar a mí este bicho monstruoso?».

Eduardito, que ha advertido tu mirada y cuya seborrea epidérmica delata una alteración de hormonas importante, se muere de gozo y piensa: «¡Anda, si a la Nati le han crecido las tetas! ¡Ojalá se las hubiera tocado en primero!».

Entonces, ya no te interesa Eduardito. Es tu primer «difunto» (y él sin enterarse). Ahora te gusta Jorge. Jorge es alto, sigue siendo rubio, continúa teniendo unos celestiales ojos azules y es guapísimo. El problema de Jorge es que él también lo sabe. Y esa maravillosa seguridad en uno mismo que da el poseer la certeza de resultar agradable a los ojos ajenos, le confiere al ser humano el maravilloso don de ser un perfecto encantador de serpientes. Siempre está contento y sonriente. Es muy simpático y tiene sentido del humor. Esto le hace tener un millón de amigos y, por supuesto, un billón de adeptas.

Pero ahora las amigas os lo contáis todo todito. Y ya no os avergüenza hablar de lo mucho que os gusta Jorge. Y, si has sido discreta, te encuentras con que cualquier día una amiga te cuenta que se ha enrollado con Jorge en una fiesta.

Después de saborear el dulce anhelo de retorcerle el pescuezo a esa fresca, decides que lo mejor es esperar. Y esperas, y tus deseos se cumplen: te encuentras con tu colega abandonada al llanto más histérico, encerrada en las cuatro paredes del servicio de las chicas en el instituto porque la ha dejado por otra, porque la ha engañado con una tercera amiga, porque ha dejado de llamar o por cualquier otra cosa.

No lo dudes, mi niña, en la ruleta un día saldrá tu número y tu color. Te habrá tocado la estupenda lotería de ser una más en el lote de desgraciadas, engañadas, humilladas, ofendidas y ultrajadas chicas pisoteadas por las pezuñas de Jorge.

¿Cómo evitarlo? Fácil, sigue las instrucciones:

a) Ni lo mires.

b) Nada, como si no existiera.

c) Jamás aceptes una invitación suya ni a una bolsa de gominolas.

d) URGENTE: Sal con un amigo suyo. Cualquiera ¿qué más da? Total es para pasar el mal «traguillo» y entretenerte un poco.

Esto no te va a facilitar la gestión. ¡En absoluto! Jorge enloquecerá por ti. Le desorientará del todo que seas la única persona que no lo mira cuando él aparece por la puerta. No podrá explicarse cómo no quieres darle tu número. E insistirá, insistirá, insistirá e insistirá. Y, por consiguiente, podrán suceder dos cosas:

1) Que tanto pasar de él, finalmente te enfrie y te haga desistir de tus iniciales intenciones (lo que, como nos va la marcha, es totalmente improbable).

2) Que al final caigas en la tentación y salgas con él.

Y, como habrás deducido, el niflowering facilita el crashing. Una cosa implica la otra. Esto hará que, durante el primer mes, te trate como al mejor de sus trofeos de caza. Está claro que te valora más que al resto de su club de fans, porque le ha costado un esfuerzo extra el conseguirte. Pero, al segundo mes, se le pasará un poco la vena romántica esa que le ponía cara de tonto cuando te miraba. Durante el tercer mes ya te tratará como si fueras su hermana o un amigo. En el cuarto, ya te habrá puesto los cuernos pero tú no te habrás enterado (el resto de la Humanidad sí). En el quinto, si es que llega, ya no te llamará. Pero como tú sí lo harás, seguirá quedando contigo y tratándote como parte del mobiliario o del paisaje urbano. En el sexto, como aún no habrás pillado la indirecta, te dejará por la mañana y por la tarde ya paseará de la manita con otra.

Pero ¡eso es fantástico! No te deprimas. Es lo mejor que te habrá podido pasar. Tenías que poner un cerdo en tu vida cuanto antes y ya lo tienes. Seguro que ese cromo lo cambias de inmediato en cuanto te toque otro en el bollo.

Ahora ya has construido los cimientos, ya has asimilado la base teórica del dominio de la elección de pareja. Te acaban de desvirgar de tu inocencia más contraproducente. Seguirás practicando niflowering y sufriendo crashing pero jamás volverás a decantarte por el hombre tipo cerdo. Durante esta ruptura, como en todas las demás (exceptuando el caso de la próxima entrega) existen cuatro fases claramente definidas:

1) La de negación: «No puede ser cierto, si me dijo que me quería».

2) La de crisis y ansiedad: «No puedo soportarlo. Que me llame, por favor»

3) La de ausencia de autoestima: «Si es que soy una mierda». 4) La de cabreo monumental: «¿Será hijo de Satanás, el tío? ¡Que le den morcilla!».

Esta última fase supone una verdadera liberación ya que, como solía decir mi adorada y vieja amiga Michelle (sabia mujer, que en paz descanse): «Las cosas con mala leche se toleran mejor». Además, te aconsejo que pases inmediatamente la página. Esto es, que la ruptura sea definitiva. No admitas medias tintas tipo: «Te dejo, pero ya te llamaré un día para quedar», «Podemos seguir funcionando como amigos»...

No te dejes jamás asignaturas pendientes para el próximo curso, que luego las vas arrastrando. Es muy desagradable ir dejando fantasmas del pasado en el camino. Tarde o temprano, y seguramente cuando más a tus anchas te encuentres, las relaciones sin concluir vienen a meterte el dedo nuevamente en el ojo.

El Perro Del Hortelano

«El problema es que Dios le dio al hombre un cerebro y un pene, y sólo suficiente sangre para que funcione uno a la vez.»

ROBIN WILLIAMS

Jorge, igualmente, pasó a mejor vida. Nos quedamos en que te había usado a su antojo y te había aparcado en un arcén.

Tras este desagradable incidente, pasan unos cuantos meses y nuevamente quedas hechizada por otro chico que acabas de conocer. He de apuntar que éste es más curioso. Digamos que es agraciado físicamente, pero eres tú quien ha evolucionado a un nivel superior. Ya no tienes tan altos puntos de mira, porque has aprendido que cuanto más alto llegas, más gordo es el tortazo que te das al caer. [Teoría conocida como high flight, great crashing].

No obstante, es necesario que sepas que el interés por un hombre en concreto es contagioso entre las mujeres de un mismo entorno. Esto significa que Pablo, que así es como se llama, era muy normalito hasta que a ti te interesó. Ahora, a todas tus amigas las enloquece. Es un chico afable y con cierto sentido del humor. Te hace reír con mucha frecuencia y eso es un puntazo al alza a favor del sujeto en cuestión. Su formación cultural hace que vuelvas a coger gusto por esas largas conversaciones que no llegan a ninguna parte. Un chico majete. ¿Qué más podías pedir?

Bueno, pues Pablo te deja finalmente (tras mejor o peor trayecto) en el mismo punto de donde habías partido. Es decir, en la cuneta. Ahora, como en ese preciso instante, estarás preguntándote el motivo por el cual te ha abandonado, porque tú no te has visto venir esta bofetada por ningún lado, ya que todo indicaba que lo vuestro marchaba de maravilla [Lo que los estudiosos en la materia denominamos un crashing no previsto].

Lo fastidioso de terminar tu relación con Pablo es que aquello de los ciclos de toda ruptura no está tan claro. En primer lugar, TE TIENES QUE ENTERAR DE QUE TE HA DEJADO. Porque ha estado realmente cariñoso esa tarde y muy detallista. Y, de repente, haciendo «portalillo» en el coche, te ha dicho algo así como: «No estoy muy seguro de hacer lo que estoy haciendo, porque eres una tía fantástica. Pero, por eso precisamente, sé que mereces algo mejor que yo».

¡Queridas mías!, lo sé. ¿Cómo se come eso? Es ahí donde comienzas a vivir todas las fases al mismo tiempo, intercaladas con una serie de sentimientos que no habías experimentado hasta ese momento:

NEGACIÓN: «Estaba distraída. No puede ser que haya dicho lo que a mí me ha parecido escuchar».

CRISIS: «¡Ay, Dios mío, que termine la frase!». Y ANSIEDAD: «Digo... que la repita».

AUTOESTIMA ALTA: «Soy fantástica, lo soy».

CONFUSIÓN: «¿Cómo que no me lo merezco?, ¿que no me merezco el qué? No entiendo nada... ¡si soy fantástica!».

AUSENCIA DE AUTOESTIMA: «Es decir, que como soy un deshecho, no me lo merezco».

DEPRESIÓN: «¿Como amigos? Eso es lo peor que podía escuchar. Eso es lo que yo le digo a todos los “pavos” a los que no quiero ver ni en pintura. ¡Qué horror, amigos!».

INTELIGENCIA APLICADA: «¿Cómo vamos a ser amigos, después de lo que hemos tenido?, ¿qué quiere?, ¿que nos contemos los ligues?, ¿que nos prestemos los jerséis y nos intercambiamos las camisas?, pero ¿sabe lo que está diciendo?».

INSEGURIDAD: «¡Ay, por favor, se me está corriendo el rímel! Y, encima, tengo mocos... ¿a que no llevo un pañuelo en el bolso?, ¿dónde está mi bolso? ¡Qué manía de alzarme la barbilla, que me deje en paz, que no me vea, que no me mire, que estoy hecha un asco!».

CABREO MONUMENTAL O MALA LECHE: «Pero qué jeta tiene el tío. ¡Me besa!, ¡me dice que soy un queso!, ¡y luego, me pega una hermosa patada en el pandero!, ¡anda y que lo ondulen! Y, para colmo, me prohíbe llorar. Lloro, sí. ¡Lloro porque me da la gana! Faltaría más. ¿Es que acaso me tengo que tragar mis lágrimas para que el señorito no sufra remordimientos de conciencia?».

Y lo peor de todo es que en los sucesivos días, semanas, quizá meses, estas etapas se van

sorteando en tu estado de ánimo sin orden lógico, y van haciendo de ti un monstruo execrable al que nadie puede soportar.

Después de esperar ante el teléfono, durante horas, ¿quieres asesinar a tu hermana porque la tía NO CUELGA NUNCA! Ella lleva sus rulitos y la mascarilla de pepino y tiene el manófono que echa chispas:

—No, no... ese top me queda fatal... me voy a poner el fucsia y la falda negra... —Enrolla el cable en su dedito, y lo vuelve a desenrollar—. Bueno, casi mejor que la falda no, me pondré los pantalones azules porque no voy muy bien depilada... ¡Ah, no!, ya sabes que recién depilada me salen granitos...

Y te imaginas a tu hombre marcando tu número, y volviendo a llamar, y desesperado porque la línea no hace más que comunicar. Te encierras en el baño y te miras en el espejo. ¿Y si te llama y te invita a salir? Deberías lavarte el pelo y ponerte también la mascarilla de pepino. Sales de la ducha, te untas la pasta verde y te pones el albornoz. Vas inmediatamente al salón para comprobar si el teléfono está libre.

—¡Ay, no, no te lo pongas, a ver si Clara se lo va a poner también y vais a ir las dos iguales...! Llámala y se lo preguntas... No, no, mejor tú directamente, si no va a sospechar que hemos estado marujeando.

Una voz en tu interior pregunta si el bramido atroz que se ha escuchado por toda la urbanización y ha obligado a tu hermana a dar un saltito ridículo ha sido realmente un sonido provocado por tu organismo. Lo que sí ha brotado de tu alma es plantar el índice en el interruptor. ¡Se acabó la conversación!

Y, después del ataque de ira, te pones a llorar como una plañidera griega, ante la impávida mirada de tus padres y tu hermana, que no entienden nada. Y, tras sonarte, vas y rompes en mil pedacitos su foto acordándote de la santa madre que lo trajo a este mundo. Pero, en un suspiro, ves el desastre y te pones a recomponer el puzzle con un poco de celo.

E inmediatamente después vuelves a llorar porque ¡le has puesto la nariz torcida! Y descuelgas el teléfono para comprobar que está bien colgado, que funciona. Desenroscas el auricular, el transmisor, los vuelves a acoplar y cuelgas rápidamente; varias veces, haciendo presión (a todo esto, con la cara verde).

No te preocupes, te resultará muy gratificante comprobar cómo has conseguido superar esa ruptura en mucho menos tiempo del invertido en el primer caso.

Y así, como el que no quiere la cosa, entra en tu vida Carlos.

Te había pedido salir unas tres o cuatro veces, mucho antes incluso de comenzar a salir con Pablo. Pero, como el interés por los hombres es contagioso, desde que salió con tu amiga Adriana te has dado cuenta de que no está nada mal.

Afortunadamente Adriana fue quien cortó, y ya sale con Andrés, así que cuando le pides permiso te desea buena suerte y te da un beso, junto con sus bendiciones. Todo va bien. Realmente estupendo. Hasta el día en que tu amiga Amelia os invita a su fiesta de cumpleaños. Y allí te encuentras con Pablo y su nueva chica. Tendrías que haberlo vaticinado, porque el chico de Amelia es amigo de Pablo.

Sería de idiotas negar que te has derretido como un helado de chocolate al verlo de nuevo y que has fulminado con tu mirada a la «pellejona» que lo acompaña. Pero Carlos es tan rico y tan tiernito que serías una auténtica retrasada mental si lo dejaras escapar sólo por tropezar con Pablo de nuevo.

Pero ahí van los siguientes episodios de la noche:

Capítulo I: Lo sguardo di amore (o The look of love o La mirada del amor)

Pablo no te quita ojo y la tiparraca que lleva a su lado te está observando de pies a cabeza con cara de mosqueo.

Capítulo II: Numerito en directo de Pimpinela

Pablo desaparece de su lado, se sirve una copa y vuelve junto a ella. Tras un breve y frío diálogo, ella gesticula con las manos, furiosa, y Pablo, con el entrecejo fruncido, meneaba la cabeza con gesto de desaprobación.

Capítulo III: Los ricos también lloran

¡Jopé con el Carlos, qué pelmita se está poniendo con los abracitos!

Capítulo IV: Rubí

La pelandusca coge el bolso y el chaquetón... ¿Se va? Se fue.

Capítulo V: Expulsión y nominación en El Gran Primo.

Al cabo de media hora vuelve él solo.

Capítulo VI: Pasión de gavilanes

Te mira, lo miras.

En un descuido de Carlos, que no se entera de nada, el pobre, viene y te dice que no ha parado de pensar en ti y que está hecho un lío. Y tú te echas a temblar como un flan. Carlos ya no te parece tan mono y, de dulce, es indigesto. En realidad, es una auténtica pesadilla y estás deseando de que termine la noche para despedirte de él y no volver a verlo. Con esta última determinación te esperan dos alternativas:

a) Que Pablo deje también a su chica y comencéis a salir de nuevo juntos.

b) Que no la deje porque aún no está seguro, sigue hecho un lío, tiene que madurar todo esto que le está pasando, y seáis, a partir de ahora, un maravilloso trío a partir un piñón: Pablo, su chica y tú.

En cualquier caso, te cuento el final; es el mismo para ambas opciones: vuelve a dejarte una y otra vez. El gavilán tira a lo que tira, como la cabra al monte. El pájaro siempre vuela. Y cada vez que decides mandarlo al cuerno y ponerte a salir con otro, Pablo galopa, contra viento y marea, y te suplica, te ruega, te promete, jura, perjura y te asegura que no puede vivir sin ti.

Es algo así como la canción de Alejandro Sanz: «Y si esa que se aleja, la que estoy perdiendo, y si ésa era, y si fuera ella, aaaaah...».

¡Aaaaaah, de verdad, hijo, qué cruz!, ¡que no es ésa, hombre, que no!, ¡que la dejes, que no es ésa!

De ahora en adelante, que os entre en vuestra cabecita otra norma incuestionable: el que te deja una vez, te deja dos y tres. Es como lo de estar embarazada. No se puede estar un poquito embarazada: o se está o no se está. Pues esto del amor es lo mismo: o te enamoras o no te enamoras. No te enamoras de una persona sólo los jueves, o los martes por la noche, o los días que hace sol, o los que lleva un coiletero verde, o sale con un fulano... ¡No! ¡Negativo!

Lo positivo y realmente asombroso de todo este asunto es que, POR UNA VEZ, vosotras lleváis las riendas de la relación: ésta se terminará cuando vosotras decidáis que se acabe.

Y una vez más, la última secuencia no os la quita nadie: la finiquitaréis con mal café.

El Hombre Pegatina

«Para demostrarle su amor por ella, él escaló la montaña más escarpada, buceó en el océano más profundo y cruzó de cabo a rabo el desierto más ancho del mundo... Ella decidió abandonarlo porque nunca estaba en casa.»

ALLAN y BARBARA PEASE

De acuerdo, has tenido suficiente. Finalmente le has dicho a Pablo que estás harta de compartirlo con su novia y que te quedan poquitas ganas de volver a verlo, reste lo que te reste de vida.

Carlos, muy consecuentemente, no te hace ya ni pastelero caso, y hace semanas que empezó a salir con tu amiga Cecilia.

Ya sabes, el interés por los chicos es contagioso. Pero Camila, otra amiga tuya, ha venido hoy al cine con su primo Daniel.

Daniel es un chico formidable. Y tú te sientes fascinada con todos sus piropos. Tras el crashing sufrido con Pablo, tenías la autoestima tan en el subterráneo de tu espíritu que te llena de gozo que parezca que un chico tan guapete como Daniel no tenga ojos más que para ti.

Primera semana: literalmente impecable. Él siempre se muestra gentilmente dispuesto a hacer todo lo que a ti te plazca.

—¿Dónde vamos? —preguntas sonriente.

—Donde tú quieras —responde él.

—Vamos al cine —decides dichosa.

—Estupendo —asiente él satisfecho.

—¿Qué película vemos? —te interesas tú.

—La que tú quieras. —Te aparta el cabello con una suave caricia.

—La de Bridget Jones —eliges.

—De acuerdo. —Te da un golpecito en la barbilla—. ¿Quieres palomitas?

—¿De verdad que no prefieres la del Van Damme? —te extrañas.

—No, mi amor, de verdad —insiste.

Es perfecto ¡Perfecto! No hay manera de discutir con él.

Te recoge en casa todas las mañanas para llevarte, en su flamante Audi, a la universidad. Luego se acerca a la cafetería a la hora del descanso. Y, al mediodía, regresa para invitarte a comer.

—¿Dónde quieres que comamos hoy, cielo? —Te abraza por la cintura.

—En el Vips —respondes—. ¡Ay! Pero... ¿no te gustaba a ti más el Tex-Mex?

—No, no... —cede—, el Vips está muy bien.

Sigue siendo perfecto durante las siguientes dos semanas.

Tercera semana: has quedado con Helena para ir a la «uni» en su coche. Pero él se ha vuelto a presentar a buscarte, a pesar de que el día anterior le habías dejado bien clarito que no se molestase. Ha insistido en que tu amiga deje aparcado su auto en la puerta de tu casa y os lleva a las dos. Helena necesitaba hablar contigo y contarte un problema que tiene pero, claro, no ha abierto el pico durante todo el viaje.

En la hora del descanso, una vez en la cafetería, empieza su narración:

—No sabes lo que me hizo Raúl ayer... —Alza la cabeza con gesto incrédulo y luego te mira curvando exageradamente sólo la ceja izquierda. Tú levantas la mirada, más que nada, para entender el significado de su mueca: Dani está ahí.

Ha aparecido, como si fuera el protagonista de un anuncio de dentífrico, con sendas tazas de café con leche que se supone trae para vosotras. Aprovechas la menor ocasión para decirle, discreta a la par que elegante:

—Oye, Dani, vamos a ir de compras esta tarde...

—Fantástico, me gusta ir de compras —aplaude él.

—No, Dani. Vamos, a ir, Helena, y, yo, de compras... esta tarde. [Sí, has leído bien. Lo del uso abusivo de comas no es un error tipográfico de la imprenta. Es para que Daniel lo entienda].

Pero, a la salida de clase, veis el coche de Dani aparcado frente a la escalera del edificio; éste viene corriendo para decirnos que seguro que vais a necesitar chófer para que cargue con todos los paquetes de un lado a otro.

Helena te pisa disimuladamente con todo el tacón, y lo retuerce varias veces sobre tu callo. Se disculpa porque, de repente, se siente indispuesta para ir de compras y, cuando él se aleja, te amonesta:

—Bonita, llámame cuando no lleves incorporada la chepa esta que te ha salido últimamente.

Cuarta semana:

—¿Dónde vamos? —pregunta él.

—Donde tú quieras —suspiras tú.

—No, no, princesa —te empuja—, donde quieras tú.

—No, hombre, no —masticas las palabras—, decide tú, que siempre lo hago yo.

—¿Vamos al cine? —propone finalmente.

—Vamos.

—¿Qué película quieres ver? —agota.

—La de Tom Cruise. —Empiezas a taconear.

—De acuerdo —asiente él.

Súbitamente adviertes que te está parpadeando el ojo izquierdo:

—¡No!, veamos la de Torrente —sonríes maléficamente.

—Bueno —responde de nuevo.

—¡Espera! —Ahora te tiembla el labio superior—. ¿No te apetece ir a bailar?

—Perfecto.

Empiezas a sentir cómo las venas de tu cuello se van hinchando, colmadas de sangre espesa, y un demoníaco calor se ha instalado en tus mejillas. Observas, con estupor, la imagen que el reflejo del cristal de la puerta del cine te devuelve.

¡Eres el mismísimo Norman Bates! ¡No puedes ser tú esa desequilibrada!, pero vuelves a mostrar los dientes: — Mejor nos vamos a casa de Carlota, que hoy dan cena en el ático ella y sus compañeras de piso.

—Vale, ¡qué buena idea!

La indignación te acompañará hasta el mismo día en que decides dejarlo. Es San Valentín y él te trae un paquetito rosa que trata de ocultar torpemente tras su espalda: — Dani, es mejor que dejemos de vernos.

—Bueno, si tú crees que es lo mejor...

Y tú piensas: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿dónde habré metido el teléfono de Pablo?».

El hombre pegatina es el idóneo en períodos de rupturas recientes. El ideal para subirte la moral e inflarte la autoestima. Es el más adecuado para devolverte la seguridad y confianza perdidas en ti misma. No obstante, es mucho más divertido y práctico comprarse un reproductor de mp3 que salir con un hombre pegatina. Al menos, te desenganchas de los cascos cuando te plazca.

Y, además, si somos nosotras las que cortamos, ¡qué narices!, nos gusta verlos retorcerse de dolor. No disfrutamos en absoluto con el cuadro encefálico del hombre pegatina que, a fin de cuentas, nos deja una gran duda: «¿Me quería mucho o es que era tonto?».

El Hombre Ideal

«La bisesualidad dobla inmediatamente tus posibilidades de ligar un sábado por la noche.»

RODNEY DANGERFIELD

Nochevieja. Te has dado un baño de espuma con sales aromáticas y pastillas relajantes. Te has embadurnado de crema hasta parecer un quesito. Te has perfumado con tu colonia favorita, y la más cara, y has logrado embutirte en ese vestido tan ceñido sin tener necesidad de usar calzador. La peluquera y la maquilladora han realizado una verdadera obra de arte. Cuando te miras en el espejo, te dices: «Esta noche triunfo».

Habéis ido a un hotel con el paquete incluido: cóctel, cena, cotillón y fiesta. Durante la cena, el chico de la mesa de al lado no deja de mirarte. Va impecable. El pelo, las manos, la ropa... es elegantísimo. Te está poniendo de los nervios, no sabes dónde mirar y se te ha caído seis veces la servilleta, dos el tenedor y tres el cuchillo. Llega el momento del dancing y te saca a bailar.

No te ha preguntado el nombre pero te ha tomado entre sus brazos y te ha hecho bailar salsa como si fueras la mismísima Celia Cruz. Luego han tocado un bolero, después un vals y, horas más tarde, un rock and roll. Este hombre parece Fred Astaire. Lo sabe bailar todo. Te confiesa que ha ido a clases de baile de salón.

Cuando empezáis a hablar de cine, curiosamente, os gustan las mismas películas, los mismos actores, las mismas actrices, los mismos directores... Le gusta escribir, sobre todo poesía. Te sientes dentro del cuento de Cenicienta. Y tu corazón estalla cuando te pide el teléfono. Pero, a la hora de la despedida no te besa, y esto te deja un poco trastornada. ¿No lo desea tanto como tú?

Aquí sale otro defectillo de fábrica que llevamos incorporado las mujeres: siempre intentamos explicarnos lo inexplicable de un modo favorable. Es decir, en lugar de pensar lo más lógico, en este caso, por ejemplo, sería: «No le intereso lo suficiente, o no hay química, o equis», pues nos contamos la película. Y lo peor es que nos la creemos: «¡Formidable! —aplaudes—. El único hombre que conozco que decide esperar, que se toma su tiempo. Quiere ir despacio. ¡Fantástico! Así no habrá equivocaciones». Y dicho esto, ¡hala!, te largas tan contenta.

Al menos, os habéis enterado de cómo os llamáis cada uno, y él se llama Gonzalo. ¡Gonzalo! Suena a gloria. Gonzalo.

Esperas toda una semana a que te llame pero lo hace a la siguiente. Quiere ir a comprar un regalo a su madre y te invita a que le asesores porque «tienes un gusto exquisito y seguro que aciertas». Lo compráis y os vais a cenar. Te lleva a un buen restaurante, con un servicio inmejorable, con centros de flores naturales y velitas románticas en la mesa. Charláis y charláis. De su vida, de la tuya, de tu familia, de la suya, de tus amigos, de sus amigos. De buen vino... porque este hombre entiende también de vino. Y de comida, porque le encanta cocinar, sobre todo para la gente que quiere. Entonces te enteras de que vive solo. Y tú vas repasando mentalmente cuándo te depilaste, si llevas la ropa interior que te compraste el otro día con Amelia, si el podólogo acabó finalmente con el callo o aún lo tienes de compañero, si te habrás hecho una carrerilla en las medias...

Pero llega el momento de decir adiós y de nuevo te besa en la mejilla. Se te queda cara de idiota, pero el mecanismo «aquí el que no se consuela, es porque no quiere» vuelve a ponerse en marcha y hasta te parece que hoy te ha besado más cerca de las comisuras de los labios. Estás realmente enloquecida cuando llegas a casa pero vuelves a convencerte de que lo mejor es esperar a que él dé el primer paso.

Y así te quedas tres semanas más. Este chico es demasiado precavido, quizá. Hasta que, al fin, te llama. Te invita a una barbacoa en el chalé de su hermana.

Esta vez no cometes el error de dejarlo todo en manos del azar: te depilas, estrenas ropa interior (hasta te has comprado un liguero), te perfumas desde la punta del dedo gordo del pie hasta las cejas, te haces la manicura francesa, la pedicura... estás de rechupete.

Conoces a su hermana y tienes la agradable sensación de llevar alternando con ella desde el colegio. Habéis conectado de inmediato. Es como estar en casa. Su madre es encantadora y su padre es guapísimo y muy moderno. Después os vais a tomar una copa a casa de un amigo suyo. El amigo es, por donde lo mires, sutilmente femenino.

De hecho, se expresa (sin el menor rubor) con frases tipo: «¡Ay, este chico me tiene loca perdía! Me pone de los nervios». Pero es supersimpático, de estos que te hacen reír en cuanto abren la boca. Y los que van llegando son, o más de lo mismo, o gente muy bohemia y variopinta. Dos escritores, un periodista, una pintora que reparte invitaciones para su próxima exposición (entradita en años y acompañada de un adolescente poligonero, de no más de veinte).

La música ambiental es de lo más relajante: bossa nova, jazz calmadito... Finalmente llega la hora de marcharse a casa. Y, una vez en la puerta, te atreves a preguntarle:

—¿Puedo subir?

—¡Claro! —te alivia oírle contestar.

La casa es una especie de loft. Un salón enorme con una chimenea en el centro, y una barra de bar que separa en dos ambientes la sala de estar de la cocina. Ésta está impoluta. La placa de vitrocerámica parece no haber sido usada nunca.

Completa el mobiliario una mesa rectangular, con una esquinera de asientos, a modo de comedor y una estantería de muro de obra, repleta de libros, que alcanza el techo desde el mismo suelo de una reluciente tarima. Un sofá de suaves tonos pastel con chaise longue y un baúl a modo de mesa supletoria descansan sobre una alfombra de los mismos tonos pero oscuros. Una pantalla de plasma inmensa luce frente al sofá y, al lado, un equipo de música y una gramola antigua.

Él pulsa el mando a distancia y Honeymoon de Henry Mancini empieza a sonar en los altavoces.

La puerta del fondo da al dormitorio y, en su interior, divisas un cuarto de baño cuya pared es una vidriera de cristal emplomado con una pintura que representa un cálido paisaje marítimo. Las tres paredes restantes están decoradas con cuadros de conchas, de arena playera y de caracolas. Tiene sauna, jacuzzi y montones de cremas y accesorios para el aseo y el mantenimiento físico del chaval. Ahora no te extrañas que esté siempre tan arregladito. ¡Menudo tuneado! La alcoba tiene un gran balcón, una mesita de lectura con una mecedora, una cama de matrimonio, una única mesilla, un envidiable armario empotrado de esquina a esquina y una cómoda con varias fotografías en blanco y negro: su madre, su padre, su hermana, el perro, él con varios amigos y un desnudo suyo. En cuanto ves su desnudo, te relames. Está para comérselo entero y no dejar ni las pestañas. Parece uno de esos modelos de Calvin Klein.

Te sientas en el sofá y esperas que se siente a tu lado. Te ofrece una copa y la aceptas. Cuando te la trae, lo asaltas directamente.

Pero él posa sus dedos sobre tus labios y te dice en voz muy baja: «Creo que debo prevenirte: soy homosexual... aún no me explico cómo no lo has notado».

Quieres echar a correr a esconderte bajo tu cama y no salir de allí en los próximos quince años. Por el contrario, te quedas hasta que amanece, escuchándole contar la historia de su vida y lo dura que ésta le ha resultado. Los siete fracasos que ha tenido y lo desencantado que está de este mundo.

¡No, bonita, no!, ¡no pongas de nuevo tu cabecita en funcionamiento! ¿No se te estará ocurriendo pensar que en cuanto te pruebe va a cambiar de acera?, ¿no serás de esas inocentes criaturas que están convencidas de que pueden «enderezar» el árbol «torcido»? Que te quede claro el dato: desconocemos lo que será el exterior para estos tipos, pero los que salen del armario, no vuelven a entrar. Relájate, no te rayes y piensa que te has perdido un buen polvo, pero has ganado una buena amiga (mejor dicho: dos, porque su hermana Susana ha intimado contigo).

Con Gonzalo sueles quedar para ir de compras, al cine, a practicar bailes de salón y a algún cursillito de cocina o de enología. Es tu alma gemela. No te falla jamás. A los dos os encanta la forma de ser del otro. Empiezas a plantearte que quizá no esté mal del todo intentar salir con una tía.

Ahora, repasemos los errores cometidos:

1. Un hombre que mira a una mujer insistentemente y luego no intenta hincar el diente resulta de lo más extraño. Tal vez ese hombre no desee estar con esa persona, sino ser como ella.
2. Si un hombre que se ha pasado toda una noche contigo no muestra el plumero a la hora de la despedida y cierre, es que ya ha ido perdiendo las plumas en el camino.

3. Un hombre jamás te presenta a su madre, padre y hermana a la tercera cita. ¡Ni de coña!
¿Estás loca, o qué?
4. Si, además, su madre te resulta de lo más encantadora, es porque no teme que la pedorra esa le robe a su cariñín. Está de lo más relajada; es más, se está tronchando de la risa para sus adentros del ridículo tan espantoso que estás haciendo. Por eso está siempre sonriente.
5. Un hombre no te alaba el exquisito gusto que tienes y se marcha contigo de compras. Para un hombre corriente-medio la clase de una chica es directamente proporcional a la cantidad de horas que se va a tirar dando vueltas buscando el complemento ideal. Y ellos siempre prefieren un buen partido de fútbol.
6. A propósito, ¿no te extrañó que a Gonzalo no le gustara el fútbol? ¿Y que tenga la casa más limpia que la de tu madre?
7. Es peligrosamente sospechoso que un hombre que vive solo no te invite a subir a su piso. Y lo que realmente es ya para salir por patas es ver que tiene, en su alcoba, una fotografía suya como su mamá lo trajo al mundo.
8. Y lo más realista: pero niña ¿es que te has creído, ignorante de ti, que un hombre así podía existir y que iba a ser, todo entero, para ti solita? En cuanto llegues a casa tira de una vez la colección de fotonovelas de Corín Tellado, que mediano favor te están haciendo, rica.

Asimilando Conceptos: El Metrosexual No Existe: El Macho Ibérico

«Hay un gran número de dispositivos mecánicos pensados para aumentar la libido, particularmente entre las mujeres. El más efectivo es el Mercedes-Benz 380SL.»

LYNN LAVNER

Tu amiga Pilar te ha arrastrado a hacer un curso de vela al pantano de San Juan. Ella va un poco retrasada; acaba de pasar su ruptura con el hombre tipo cerdo y tú has tenido, últimamente, la misma agitación que la vida social de un mejillón.

Hubiera sido mejor apuntarse a parapente, a ver si atinabais y definitivamente os despeñabais por un acantilado.

Pero no ¿para qué?, si en realidad estáis tan ricamente solas.

Entre los compañeros de curso está el metrosexual de turno, Javier. Es casi un clon de vuestro amigo Gonzalo: le gusta el buen vino y entiende del tema, de buenos restaurantes y de buena música; baila fenomenalmente y le encantan el cine, la literatura y el teatro; no se pierde ópera, ni ballet, ni concierto de música clásica. Lo ayuda mucho el trabajo, porque es comercial de telecomunicaciones, así que invita a los clientes hasta a las corridas de toros con tal de asegurarse las previsiones de facturación del trimestre. Lleva una ropa de marear y huele para comérselo. Pilar y tú empezáis a envidiar su pelo, su cutis, su manicura, su pedicura, su depilación láser... ¡Ja! Pero vosotras ya andáis de vuelta, así que no os va a tomar el pelo.

Curiosamente, y a medida que pasan los días, vas comprobando que no cumple ni uno solo de los requisitos indispensables anteriormente mencionados. No obstante, habiendo conjeturado lo peor, Pilar te aconseja que le presentes a tu amigo Gonzalo, «que está de muy buen ver, y si los gays de hoy en día tienen el mismo gusto que nosotras, Javier se va a tirar a su yugular en cuanto note que Gonzalo le da a la vela, en lugar de al motor».

Buena idea. Si aun así se resiste, seguro que Gonzalo logra identificar algún vestigio que a ti se te haya escapado.

Así que un día que quedáis, como el que no quiere la cosa, aparece Gonzalo. La verdad es que Javier parece estar un poco contrariado con la inesperada visita, pero se muestra muy cordial con tu amigo.

No.

Nada... no hay indicios de que Gonzalo le haya gustado.

Tu amigo se pasa la velada entera pellizcando tu pantorrilla bajo la mesa para, aprovechando que Javier iba al aseo, confesarte al fin que a él le parece un tío muy «hetero», o sea, muy machote, pero que si no te lo quedas tú, se lo pide él.

He de aclarar que Gonzalo tiene esos genes tan femeninos que conforman la actitud tan nuestra del «ya me probarás y te cambiaré... esto lo arreglo yo». Con Javier continuas quedando y, tras dos o tres citas multitudinarias (esto es importante) todo marcha en regla, tanto, que te propone iros de puente a la playa juntos y solos (esto promete). Por supuesto, decides aceptar.

Aparece ataviado para el viaje con unas bermudas beis, una camisa hawaiana en tonos rosas y añil, unas sandalias de goma grises y, ¡oh, cielos!, unos calcetinitos de hilo marino.

Como no has podido evitar que tu mandíbula se desencajara al ver el desaguisado, te explica que esas sandalias le hacen rozaduras y ha decidido llevarlas con algo que se las evite.

Llegáis al hotel. Dejas todo tu equipaje perfectamente ordenado en el armario. Pero él no ha deshecho la maleta. La ha dejado tirada en el suelo. Prefiere tumbarse a descansar sobre la cama de la habitación. Está tan cansado de conducir que se queda dormido (sobre la colcha y con los calcetines puestos). Se ha quedado con la boca abierta, lo que le ha hecho babear toda la almohada exactamente en la parte que habías elegido tú para dormir, la más cercana al balcón. Cambia de posición. Y se coloca boca arriba. Esto empeora la situación: ahora ronca como un orangután.

Tú te marchas a hacer unos largos en la piscina, vuelves, te duchas, te das tus cremas, te lavas los dientes, te moldeas el cabello con un secador, te maquillas levemente y te dispones a salir. Pero

él sigue roncando. Sales a la terraza a disfrutar de las magníficas vistas al mar. Enciendes un cigarro, y otro, y otro más. Vuelves a retocar tu maquillaje. Nada, el ceporro sigue ahí tirado. Decides poner el televisor con el volumen altito, a ver si despierta. Sí. Parece que se estira sobre la cama. Se limpia la baba con el antebrazo y se sorprende al verte «de cuerpo presente» en la habitación. Como si no recordara que había llegado hasta allí contigo.

Se levanta y vuelve a estirar mucho los brazos.

Se frota los genitales.

Se tira un pedo.

Y, bajándose la cremallera para disponerse a hacer un pis, en el camino hacia el cuarto de baño se regodea echándose un «regüeldillo» atronador.

Después de orinar, salpicar toda la taza del váter y parte del suelo, no baja la tapa, olvida tirar de la cadena y no se molesta en lavarse las manos, da una palmada y se las frota:

—Bueh... ¿dónde vamos?

Te quedas de una pieza al observar que su camisa está más arrugada que un acordeón y, encima, está sudada del viaje y de la siesta. Atufa. Pero él, como si hubiera escuchado tu pensamiento, se olfatea los sobacos en un gesto casi canino y pulveriza la zona afectada con su perfumito de Azzaro.

A la hora de la cena ha decidido ir a un italiano.

Ha pedido unas tostas de pan de ajo como aperitivo. Y en la sobremesa se ha dedicado a asear su preciosa dentadura con un mondadientes (es que la uña ya no alcanzaba los huecos más ocultos). Te has acordado de las santas tostas durante toda la noche. No sólo cada vez que abría la boca, sino de vez en cuando, cuando volvía a eructar henchido de placer.

—Nada de bailecitos, que tenemos que aprovechar la noche. —Te guiña el ojo el muy canalla.

Y en cuanto llegáis a la habitación, sin lavarse los dientes ni ducharse, pero eso sí: ECHÁNDOSE TODAS TUS CREMAS, ¡hala, se pone al tajo, el chavalín!

Hubieras podido concentrarte, incluso con el olorcillo a «ajochorizosudorcolonia», pero ¡caramba, es que al tercer empujón, ha vuelto a perderse, el muy bribón! No, esto es demasiado. Mañana te vuelves a Madrid.

Que te quede claro, bonita mía: el metrosexual de turno no es otra cosa que un mito. Un cuento chino. Una leyenda urbana. ¡Una solemne mamarrachada! Todos son machos ibéricos, sólo que en el proceso de la conquista-apareamiento sacan lo mejor de ellos mismos, pero luego toman confianza; y la confianza, ya se sabe: da asco. Si eliges un metrosexual, te vas a calentar soberanamente: va a serlo de lunes a viernes y en horario laborable. En casita va a ser él mismo, y eso rompe el encanto. Y de qué manera.

El Atormentao

«El sexo es como una partida de mus: Si no tienes una buena pareja... más te vale tener una buena mano.»

MAE WEST

Tu amiga Cecilia plantó a Gabriel casi en el altar.

¡Pobre Gabriel! No puedes evitar sentir lástima por él. Te lo has encontrado en algún pub alguna noche. Gabriel se aferra a su copa como si fuera lo único que le queda en esta vida, apoyado en la barra del bar y con la mirada perdida en el infinito.

Hace dos años ya de aquello. Es más, Cecilia ya está viviendo con otro chico (le va a durar más bien poco) pero Gabriel no acaba de recuperarse y eso se presiente nada más verlo. El caso es que el chico es de lo más mono. No entiendes cómo la idiota de Cecilia pudo dejarlo. Ya hubieras querido tú dar con un Gabriel en la vida.

En una de esas salidas nocturnas al último garito de moda, decides acercarte, más que nada porque te pillas de paso al aseo.

—¿Te acuerdas de mí? —le sonríes—. Soy Natalia, la amiga de Ceci.

—Ah, sí. —Por la cara que ha puesto, no se acuerda, evidentemente.

—¿Qué tal va todo?

—Bueno, vamos tirando. —Ladea la cabeza con aire nostálgico.

En seguida te arrepientes de haberle preguntado. Parecía un chico introvertido pero se ha arrancado a hablar (debe de ser la soledad): su padre se murió el año pasado, su madre se cayó por las escaleras y está postrada en una silla de ruedas, en la empresa han hecho suspensión de pagos y está con un pie en la calle, ha cumplido los veintisiete y aún vive en el hogar familiar. No tiene casa ni, por asomo, miras de ser capaz de ahorrar para comprar una. Los del taller le han recomendado que no se gaste más en reparaciones del coche y se compre uno nuevo. El veterinario le ha confirmado que su perro tiene cáncer de páncreas y no durará mucho... «¡Válgame Dios! —piensas—. ¡Pobre hombre! ¡Parece un capítulo de La casa de la pradera!»

Como no sabes a qué desgracia prestarle mayor atención y, además, tú te estabas haciendo pis desde hacía ya un rato largo, abordas el caso de su padre, el que consideras más grave, y le das tu más sincero pésame. A lo que te responde que no le importa, porque su padre era alcohólico y cuando venía cargado se liaba a golpes con todos los habitantes de la casa. De hecho, fue en una pelea cuando su madre cayó escaleras abajo. ¡Qué barbaridad!

Pero a medida que la noche va pasando crece en ti un sentimiento materno-filial difícil de superar. Ya no sabes si te da lástima, te inspira cariño y ternura, te pone a mil por hora esa carita de ángel desamparado o qué.

¡Vaya tela, niña! Mejor sería largarse porque, además, va a ser un lío explicárselo a Cecilia. Que tú sabes de buena tinta, y de primerísima mano, que a pesar de lo felices que estemos de haberlos perdido de vista para siempre, a todas nos fastidia que ellos rehagan sus vidas. Sobre todo, cuando la técnica reparadora del desperfecto es una amiga. Te despides discretamente, pero Gabriel te pide tu número de teléfono.

Y vas tú y se lo das.

—¡Hija, de verdad! ¡Qué pedrada tienes! —exclama tu amiga Helena desde el otro lado del hilo telefónico—. ¿Vas a salir con Lucecita? Bueno, puede que no te llame en mucho tiempo...

[Aclaro que “Lucecita” era un culebrón radiofónico de lo más dramático en los años 60/70]

Pero sí. Te llama, justo el fin de semana siguiente. Quedáis, vais a ver un musical, después te lleva a cenar, te coge de la mano durante la cena, te invita a una copa y, seguidamente, te acompaña a tu casa. Habéis charlado de muchos temas. Entre ellos, aquel pequeño incidente con su hermano, que le pidió dinero para dirigir a medias un geriátrico y se escapó a Cancún con toda la pasta.

Una vez en el coche, toma tu cabeza entre las manos, agarrándola por las orejas, acerca su frente a tu nariz y después te besa dulcemente. En ese preciso instante experimentas un vértigo en la misma boca del estómago. Después de pestañear repetidas veces (se te ha nublado la vista), dejas escapar un pequeño suspiro. Pero, al descubrir tu expresión a la luz de una farola, él baja la

mirada y vuelve a aparecer ese gesto triste tan intrínseco en su ser.

—¿Nos vemos otro día? —afortunadamente, rompe al fin el silencio.

—Claro, cuando quieras —le respondes tú.

Las salidas con Gabriel son siempre más de lo mismo. A veces se muestra distante, como si estuviera a miles de kilómetros de allí, y otras tan cercano que puedes sentir los latidos de su corazón. En ocasiones ríe y te cuenta cosas graciosas (bueno, más tragedias pero ya superadas), pero en la gran mayoría de las veces su semblante es serio y preocupado.

Has aprendido a reconocer un gesto muy suyo: frecuentemente sacude su ceja con la punta del dedo índice, como si quisiera alejar de sí un mal pensamiento.

Te está volviendo loca. Loca por completo. Cuando te quieres dar cuenta, resulta que vives por y para Gabriel. En tu mundo no existe otra cosa. En definitiva, te has enganchado hasta las cejas. Y, a medida que vas cogiendo confianza, vas metiendo MÁS Y MÁS LA PATA. Sobre todo cuando preguntas:

—¿Qué te pasa?

Y él, cabizbajo, siempre responde: — Nada.

O cuando acaricias su entrecejo fruncido con el fin de planchar los pliegues que aparecen en su frente y le musitas en voz baja:

—¿En qué estás pensando?

Y él contesta con apenas un hilo de voz: — En nada.

Ya has quedado con Cecilia, que apenas tenía tiempo más que para ir a tomar un café. Últimamente no para: que si clases de buceo en Altea, que si puente esquiendo, que si tiene una fiesta de cumpleaños en Londres, que si dos bodas y un bautizo, que los lunes y miércoles va al gimnasio y al spa donde luego le dan masajes de chocolate; pero los martes y los jueves tiene danza del vientre, que todos los primeros viernes de mes va a la cabina de estética donde está recibiendo un tratamiento a base de caviar. ¡Ay, por Dios, qué fatiga escuchar a esta chica! Y en ese ir y venir vertiginoso de planes, optas por ser directa.

—Oye, ¿qué pasó con Gabriel?

—¡Ay, por favor, qué corte de rollo! ¿Por qué me preguntas ahora por ese esperpento? Lo más maravilloso que he hecho en mi vida fue tomar la determinación de extirparme ese grano en el culo que me salió. Lo único que de verdad me pesa es no haberlo hecho dos o tres años antes. ¡Qué triste! Es un triste de la vida. ¡Qué pereza!

—Te... preguntaba... porque estamos saliendo juntos. —Fuerzas una tímida sonrisa.

—Ah... —Tose y expulsa el último trago de cola por la nariz y por la boca. Se ha atragantado.

Intenta recomponerse y seca su cara, escote y falda (en ese orden) con una servilleta de papel.

—Bueno, mujer, entiéndeme. Ya sabes cómo soy —dice al fin—, es muy majo y muy buen chico. Seguro que a ti te sale bien y llegáis a ser muy felices.

Y dicho esto, se le escapa una risita nerviosa y ¡a otra cosa mariposa! Cambia radicalmente de tema. Lo bueno de esto es que te has dado cuenta de que Ceci no te guarda el menor rencor. Es más, hasta parece aliviada de una carga.

Llega el día D. Os habéis citado de nuevo, pero esta vez en su casa. Su tullida madre se ha marchado, acompañada del perro enfermo terminal, al pueblo a visitar a su hermana ciega.

Después de haber hecho el amor con pasión pero con dulzura, él se ha recostado a tu lado para acariciar tu cabello y no ha parado de observarte, incluso cuando dormías. Despiertas y lo ves ahí, tan desprotegido, tan falto de afectividad y cariño (a pesar de que tú no hagas otra cosa que demostrarle tus sentimientos) y la escena te parece tan romántica que saltas:

—Te quiero.

Vamos a ver, la regla de oro (y te la tenía que haber dado ya en la primera lección) es que el que dice «te quiero» antes, pierde. No hace falta que te atormente más con explicaciones.

Al segundo de haberlo pronunciado, tan pronto como observas que él se ha quedado petrificado al escucharte y que, de repente, como si un invisible muelle lo propulsara, se ha incorporado y se frota la cara con las manos ya te has maldecido por haberlo hecho. Te dirá algo así como: «No

juegues con el destino», o «No digas cosas que no sientes», o «No pretendía eso», o... o no dirá nada. El caso es que, automáticamente, desde ese momento, te está borrando del mapa. Puede que no te deje ese mismo día, quizá lo haga una semana más tarde, un mes... no llegará a dos, pero ya te puedes ir dando por enterrada. Se siente muy culpable porque cree que te está haciendo daño y se esfuma entre las sombras, como si fuera el holandés errante.

Te tiene pavor, verdadero terror. Puede que incluso esté enamorado de ti, pero no le da la gana admitirlo porque él sólo ve problemas, más problemas..., más aún de los que ya tiene. ¿Y si le vuelves a hacer daño? ¿Y si sale como lo de Cecilia, su padre alcohólico y enterrado, su madre paralítica, el piso que nunca tendrá, el despido de la empresa, el coche siniestro total, el perro enfermo terminal, su hermano en Cancún, los pobres abueletes del geriátrico o la tía ciega? O peor, mucho peor: ¿y si es él el que te planta ante el altar, porque se ha precipitado y se da cuenta de que no te quiere? No podría vivir jamás con esa culpa.

El atormentao es así, porque así nació y así quiere seguir siendo. Es más, nunca sabremos si es realmente un atormentao o si es que es gafe. Delete, delete, delete file from memory. Sal corriendo. ¡Huye del atormentao! Tu vida va a ser algo así como Cumbres borrascosas en Alcorcón. Y, hasta para vivir un drama, es menester hacerlo con clase.

Turismo Sexual: El Hombre Clínex

«El sexo sin amor es, sin duda, una experiencia vacía, pero como experiencia vacía es de las mejores.»

DREW CAREY

«¿Conoces esa mirada que tienen las mujeres cuando quieren sexo contigo? Yo tampoco.»

STEVE MARTIN

Ya lo dije yo siempre: el amor es un estado de imbecilidad transitorio. No importa el tamaño, ni la calidad, ni el empeño que pusiste en salvarlo, ni la tragedia vivida al perderlo... tarde o temprano, se te pasa. Y tú has vuelto a demostrar la infalibilidad de esta gran teoría: la ruptura con Gabriel fue dura. Te mantuvo fuera de juego, más o menos, un embarazo (nueve meses). Pero he aquí que has vuelto al mercado de nuevo.

Ya llega el veranito. Un momento especial para vivirlo solteras. Los días se alargan y las terrazas de los bares lucen repletas de gente deseosa de distensión y entretenimiento (es decir, de ligar, coloquialmente hablando). Te has deshecho de ese tono entre grisáceo y verde que teñía tu tez, te has despedido de algunos kilitos que te sobran y has logrado reunir la valentía para comprarte dos nuevos biquinis. «Ese dos piezas te habrá costado muy baratito —te ha dicho tu abuela al verte—, lo digo porque muy poca tela veo yo para cortar y coser.»

Adicionalmente, después de un batacazo amoroso (crashing) impresionante, resulta gratificante un período de corto, medio o largo plazo, de promiscuidad sana (healthyputting). Sumérgete en el maravilloso mundo de los hombres clínex, esos de usar y tirar.

Siete amigas solteras y tú habéis decidido volver a vuestras raíces. Fuera México, Túnez o Bangladesh, que le den morcilla a Grecia, nada de machacarse los pies por París, Roma, Florencia, Viena, Dublín o Londres... chancleteando de acá para allá con la cámara a cuestas todo el día. Este año os las piráis a Marbella, como Dios manda.

Y llega vuestro primer día. ¡Esto es vida! Habéis disfrutado de un sol espléndido en la playa y comido una paella, acompañada de una jarrita de sangría, como guiris-vulgaris. Tras la siesta, os regáis bajo la ducha, os embadurnáis de perfumadas cremas, y comenzáis la ardua tarea del maquillaje y el peinado.

La primera noche resulta un tanto confusa, porque Pilar, Susana y Adriana han decidido ponerse a coquetear en la playa con tres tipos muy maqueados que dicen tener un yate.

Sin embargo, Helena, Amelia y Camila han quedado con unos suecos en un bar de copas de Benalmádena. Carlota y tú habéis fichado a unos franceses muy majetes y habéis quedado con ellos para cenar en Mijas pueblo.

Pero vosotras sois muy organizaditas, así que habéis concluido que os arreglaréis prontito y saldréis a cenar con los franceses a Mijas. Después de la cena, os dirigiréis a Puerto Banús, donde os esperan los lobos de mar. La segunda copa la tomaréis en Benalmádena con los suecos. Y luego, ya se verá, según la marcha.

Pero la marcha se convierte en atlética. Resulta que Mijas es un pueblo encantador, así que os habéis dado un garbeo por toda la localidad antes de buscar el restaurante. Os lo podíais haber evitado, porque éste se encuentra justo en la cima del pueblo. Es decir, que ya hubierais hecho turismo de sobra sólo con andar hacia el establecimiento. A Pili le da mucha rabia no haber llegado antes para hacerse unas fotos, porque con el flash no van a lucir tanto. Hay que volver mañana con la luz del día. ¡Jopé con el pueblito! Está lleno de cuevas y escaleras y, claro, todas vais con las falditas estrechas y los tacones. Al fin llegáis, con un sospechoso círculo oscuro alrededor de las axilas, al restaurante. ¿Quién va a bajar después a por los coches?

Los franceses se quedan pasmados al ver que se han quedado algo cortos. Ellos son dos y vosotras ocho. Empiezan a mirar en sus billeteros, seguramente para contar el dinero que llevan y comprobar que no han olvidado sus tarjetas. Son adorables. Pero a mitad de la cena los pobres están hechos un verdadero lío. Primero, porque vosotras no paráis de cotorrear en castellano, claro está. ¿Para qué molestarse si éstos están pa' lo que están? Y, segundo, porque ellos creían tener claro con quién iban a acostarse esa noche, pero no. Hay muchos peligros acechando. Las que parecían interesadas han dispersado un poco la atención, y ahora tienen sus razonables

dudas.

Tu pareja, Jean-Matheu, sin ir más lejos, ha estado coqueteando con Susana. Luego se ha cruzado en su enfoque diferencial la dulce Camila, pero el tiro, a mitad de la conversación, ha hecho diana en el escote de Amelia que, además, es la que más señales de humo ha enviado para que tu chico pensara que tenía posibilidades de éxito (o sea, de estrenarse esa noche).

¡Qué nervios, pobre hombre! Mientras tanto, sigue flirteando contigo, que a fin de cuentas era la que tenía adjudicada desde un principio. Pero a ti tanto devaneo te ha desinflado.

La pareja de Carlota se llama Patrick. Pero como Carlota se ha sentado entre Pili, que no hace otra cosa que quejarse de lo tontas que habéis sido («¡Mira que no haber venido antes, fíjate qué vistas hay desde aquí! Y a mí que me hace ilusión lo de montarme en el burro-taxi...»), y Helena, que está metiendo prisa para acabar de cenar de una vez («...que los suecos vuelan...»), pues lo ha dejado abandonadito a los brazos de Adriana, que está realmente encantada con la situación y ya no le importa un carajo montar o no, en yate.

Primera baja: Adriana se marcha con su Patrick y no sabéis de su paradero en toda la noche.

Termináis de cenar y salís echando pestes para Puerto Banús. ¡Con lo cerquita que estaba Benalmádena! Habéis localizado el bar, pero no a los lobos de mar. ¡Ah, por ahí aparecen! Son algo maduritos, pero están de muy buen ver. Sólo que son tres y sigue habiendo overbooking.

Hay que recalcar el hecho de que a éstos también los tenéis un poco confundidos. Se habían marchado (aburridos de esperar) y cuando regresan, resulta que se os han pegado doce plastas de Zaragoza y el alma cándida de Jean-Matheu, que sigue (dale que te pego) intentando averiguar cuál es la que le toca (la cosa ya está entre Camila, Amelia, Susana y tú). Así que el aforo está completo del todo, pero tanto de mujeres como de hombres. Y no nos olvidemos del detalle de que falta Adriana, que era una de las interesadas en conocer el yate.

—¿Os habéis venido con la oficina de turismo? —pregunta Bosco.

Rodrigo —que era la pareja destinada a Adriana— se interesa por ella. Le decís que se ha sentido indispuesta de repente y se ha tenido que marchar. Así que (como madurito que es) no pierde el tiempo y en dos segundos se ha ubicado en la barra a charlar con una rubia.

Luis —que es el de Susana— se ha abierto paso a empujones y ha pasado entre el francés y los doce zaragozanos para llegar a ella y mostrarle algo de la cartera. Poco después os lo enseñará a todos los demás (incluidos el francés y los de Zaragoza). Son las fotos de sus hijos, y no veas lo que corta el rollo eso en una situación como la citada. Al menos sirve para que Jean-Matheu tache a Susana de su lista.

Y Bosco —que era el de Pili— intenta desesperadamente incluirse en la conversación tan animada que ésta y un espontáneo aragonés están manteniendo. Pero Pili no encuentra el momento más idóneo para cortar la verborrea con el baturro. Le da apuro dejar al pobre chico cortado con la palabra en la boca (ella es así). A todo esto, el maño se levanta y resulta que es cojo. Pero cojo, cojo... de esos que se balancean todo entero de un lado a otro cada vez que avanzan un pie. Así que pronto os encontráis con la sorpresa: Bosco está hablando muy acarameladamente con Camila.

Segunda baja: Bosco y Camila se van a pasear a la playa. Todas os quedáis pensando en si le va a enseñar el yate o no.

Jean-Matheu sigue descartando. Ya sólo le quedáis Amelia y tú.

Susana está verdaderamente harta de Luis, de las fotos de sus hijos y de las manutenciones que les tiene que pasar. Está hasta por atacar al maño cojo. De repente grita: — ¡Es tardísimo, niñas!

—Huy sí, huy sí, huy sí, sí, sí —coreáis todas mientras consultáis vuestros relojes.

—Se está haciendo muy tarde, sí —añade Helena—, que mañana hay que ir de excursión a Mijas, ¿verdad, Pili?

Salís corriendo hacia los coches. El círculo oscuro que lucíais bajo las axilas comienza a hacerse más y más grande. Las que llevaban el pelo liso, ahora lo tienen rizado a causa de la humedad originada por el sudor, y las que lo llevaban rizado, ahora lo tienen tieso como el alambre. Lleváis la falda remangada para poder dar mayores zancadas, y Helena, aliviada porque aún está a tiempo de ver a su sueco, corre como una posesa con los zapatos en la mano (ya no los soporta

más).

—Eh, attendez-moi! —Jean Matheu corre tras vosotras. No se rinde tan fácilmente.

—Ay, el atandé. ¡Qué pelma, el atandé! —Le tiembla la voz a Helena, mientras se esfuerza en no pisar cristales.

—Vamos a ver, bonita —ya está reprochando la caritativa de Pili—, es que al pobre le ha dejado su amigo tirado sin medio de locomoción. ¿Cómo lo vamos a plantar aquí?

¡Hala!, a conducir de nuevo (carretera arriba, en dirección contraria hacia el lugar del cual veníais. Da fatiga sólo narrarlo).

Una panda de rumanos os piropean desde una furgoneta.

Pili, muy sonriente, sacude la mano como si fuera el mismísimo Papa. Ellos empiezan a perseguiros y a pitar de vez en cuando. Cuando aparcáis, dejan la furgona al lado de vuestro coche y siguen construyendo (concretando más: chillando) frases que no entiende nadie.

Helena grita a Pilar:

—¡Tú y tu puñetera simpatía! —protesta mientras cierra dando un portazo—, jamás olvidaré la noche que confraternizamos con los países del Este.

No hace falta que aclaremos que los pobres chicos tienen pinta de ganarse la vida dignamente, tal como hicieran nuestros ancestros en Alemania, Francia o Inglaterra. Pero es que a Helena no le caen muy bien los inmigrantes. ¿Qué se le va a hacer?

Llegáis al sitio de la cita.

Afortunadamente, el sueco que le había tocado a Camila está ligando con una pelirroja. Así no tendréis que dar explicaciones. Helena se pone de inmediato a charlar con su chico, Sven Ake. Amelia hace lo propio con su pareja, Bjorn. A Jean-Matheu sólo le quedas tú.

Y Pili ¡se pone a hablar con los rumanos! Helena dice que es para matarla.

¿Y a ti? A ti te toca el champiñón, Lars. La verdad es que es gracioso... Bueno, francamente, no sabes si es gracioso porque sí o porque te da la risa floja cada vez que le miras el jeto. Se parece al «Campiño» de Abba, sólo le faltan los pantalones de campana. Jean-Matheu insiste en colarse en la conversación, pero a estas alturas de la noche, a ti no te da la real gana de ponerle morritos al gabacho. Te lo estás pasando genial con el Lars, que para decirte cualquier cosa se mueve como un chimpancé, gesticulando y gritando mucho, como si fueras a ser capaz de entenderlo. Porque tiene mérito el tío: además de feo, se lanza a la piscina como un kamikaze. ¡No sabe palabra de inglés, francés, ni mucho menos castellano!

Cuando decidís marcharos, Helena y Sven Ake ya lo han hecho, porque ni les divisáis, ni contestan al móvil (tercera baja).

El segundo día, las cosas se complican: de la playa os habéis ido directamente a Mijas para montaros en el burro-taxi y haceros las fotos de rigor. Menos mal que llevabais vaqueros, zapatillas de deporte y unos sombreritos muy monos que os salvan de pillar una insolación.

Pero a Pilar se le ha ocurrido que «también es una pena que paseemos por Puerto Banús sólo de noche. Porque debe de ser una preciosidad de día». Por tanto, seguidamente (y a la carrera) habéis pasado por el puerto. No había un alma en la calle porque «Lorenzo» atizaba de lo lindo. Os habéis hecho otras seis fotos, y os habéis largado haciendo footing a los apartamentos. Llegáis extenuadas. Pero una ducha y el ataque al queso manchego de los padres de Camila os devuelve la vida.

La cena es en un mexicano y ha vuelto a crear el caos: Adriana no quería encontrarse con Patrick. El encuentro sexual había durado ocho minutos y había sido muy, pero que muy normalito.

Tú supones que Jean-Matheu no te quiere encontrar a ti (con la nohecita toledana que le disteis: atraco a la cartera, expedición por toda la costa, lobos de mar, aragoneses, rumanos y suecos, todo incluido en el mismo pack), sobre todo porque en la playa lo has visto, pero él se ha hecho el tonto.

De todas formas, a nadie le interesa ya ligar con un francés.

Camila quiere ver otra vez a Bosco, pero Pilar no quiere verlo porque la noche anterior quedó

bastante mal con él, sin hacerle ni el menor caso por dedicarse por entero al cojo maño. Adriana tampoco quiere encontrarse con los lobos de mar, porque a ver qué explicaciones le daba a Rodrigo sobre su precipitada indisposición y su pronta recuperación. Y una amenazadora Susana prohibió tajantemente encontrarse de nuevo con Luis y con las fotos de los niños. Helena se había quedado a dos velas, durante el postre con Sven Ake y no lo quería ver más, ni en pintura «que aquí no hemos venido a hacer penitencia». A Camila le daba corte ver a su sueco y decirle que el día anterior «no pudo acudir a la cita», aunque a saber qué pasaría con la pelirroja. Y Amelia sí quiere volver porque no ha «zanjado sus conversaciones» con Bjorn.

Amelia es de las que nunca se acuestan en la primera cita (pero nadie dijo nada sobre la segunda). A medida que va avanzando la noche y la discusión no acaba, termináis por hacer varios grupos: Amelia queda con Bjorn, Camila con Bosco y el resto (sin coche) os quedáis en Marbella.

A lo largo de toda la madrugada, se sucederán interminables llamadas de móvil tipo: «¿Dónde estáis?», «No lo sé, yo a éstas las he perdido», «Nosotras vamos hacia el puerto», «Pues nosotras íbamos de camino, pero... luego te llamo a ver si las veo», «Ya las he visto, están con unos tíos», «¿Están buenos?», «Bueh, no están mal», «Pues vamos para allá», «¿Para dónde?», «Y yo qué sé... ¿Dónde estáis?», «Pues no lo sé, vamos a la plaza», «¿A qué altura?», «¡A la altura del nivel del mar, no te joroba!, ¿a qué altura va a ser? Cuando llegemos te llamo», «¿Dónde estabas? Te he llamado tropecientas veces», «Es que no oigo nada», «¿Dónde estáis?», «Pues ahora en un pub», «Vamos», «Que no, que los titis ya se han ido», «Los llevamos nosotras», «¿Cómo están?», «Te los regalo», «Entonces no te digo dónde estamos»... Pero ahora no podemos perder el tiempo en esos pequeños detalles, vayamos hacia el término de la velada:

Susana liga con un inglés, Carlota con un italiano, Helena y Adriana con unos madrileños, tú con un alemán guapísimo, Thomas. ¿Y Pilar?

—Pilar y su puñetera simpatía han acabado por cargar con un moro —le explicó Helena a las que esa noche estuvieron ausentes.

—¿Con un moro? ¿Pilar? —preguntó intrigada Camila.

—¡Y dale! —protestó Pilar—. ¡Qué tía tan plomo!, ¡es peor que mi madre!

—Mira que te he dejado clarito que nada de marroquíes, que o te roban la cartera o te drogan y abusan de ti en la playa. Y, encima, lo graban en vídeo y luego te encuentras con que te lo puedes bajar gratis de la página de petardaspuntocom. Todo eso o te plantan un guantazo a la de tres, en cuantito les contraríes —Helena alargaba sobre su amiga un acusador índice.

—¡Que no es de Marruecos, joroba! —alzó la voz ella—. ¡Que es de Egipto! Hay que ver lo mal que te están sentando a ti los programas de periodismo de investigación.

—¿Qué más dará, digo yo? ¡Terrorismo islamista a fin de cuentas!

Insistamos de nuevo (no quisiera ponerme yo en el ojo del huracán) en que Helena tiene una muy peculiar forma de catalogar las razas: de Francia para arriba es Europa, y desde los Pirineos hacia abajo todos somos negros. No vale de nada que Pilar o tú intentéis convencerla de que hay muchos «moros», como ella dice, que se ganan el pan decentemente, así que decidís no entrar a contertuliar sobre quién tiene, o no, la razón.

La tercera noche todo es más fácil. Amelia ha concluido su conversación con Bjorn y ha decretado que Helena tenía toda la razón del mundo: los suecos son unos desaboríos.

A la que a esta noche le ha tocado quedarse a dos velas es a ti: tu adorado alemán se quedó tan a gusto diciéndote: — ¡Ah, cómo lo siento!

Y tú, bastante incomodada, pensando: «¿Cómo que lo sientes? No, hijo, no, la cosa no va así: se acaba de cualquier manera, pero se acaba».

Susana dice que prefiere aguantar a Luis y sus fotos que volver a meterse en la cama con Arthur. Y es que se quedó dormida en mitad de la intervención. «¡Porque no tenía la lima a mano, que si no aprovecho para hacerme la manicura!»

Carlota dice que con Franco bien, pero que la que fallaba era ella. Le dieron ganas de ponerle la almohada en la boca. No hay quien se concentre con un italiano. El bella bellissima tiene su gracia hasta cierto punto, pero «¡qué bárbaro, es que no callaba ni haciendo abdominales!».

Y Pilar... Bueno, pues el egipcio ya se ha instalado en casa y de ésa ya no sabéis nada más. Salvo que él no ha debido dejarla bajar a la playa. Mira que te jorobaría darle la razón a Helena, pero va a resultar que este moro os ha salido un poco «moro».

Camila ha pillado in fraganti en la playa a Bosco con una chica aún más joven que ella. Se hacían arrumacos y se intercambiaban secretitos al oído.

Al final, las más listas han resultado las que han elegido el producto español y de la edad conveniente, o sea, la vuestra: Helena y Adriana. Así que hoy habéis decidido, por unanimidad, que salís con los madrileños.

Repasemos las conclusiones finales de este episodio:

1. Mis queridos compatriotas, los franceses, son los grandes incomprensidos. Como amantes de la belleza, siempre se reservan por si pueden encontrar algo mejor. Claro, que se comen pocos colines, los pobrecitos, porque cuando lo encuentran tampoco están a la altura de sus exigencias.

2. A los suecos deben de haberles enseñado que las relaciones sexuales se tienen sólo para procrear.

3. Los arios (alemanes y austríacos) son muy conquistadores, pero luego no clavan la bandera en las colonias.

4. Los ingleses tienen toda la pinta de que les falte un hervor. Y cuando los conoces a fondo, te das cuenta de que es cierto: están crudos.

5. Los italianos no saben cuándo tienen que parar de dorar la píldora. Son agotadores. Si los rechazas, ellos siguen insistiendo. Pero si los aceptas, también.

6. Es vox pópuli que los moros son buenos amantes, pero hay malas lenguas de la talla de la de Helena (XL) o mayor (XXL) que dicen que si eliges a uno, puedes acabar con el hijab, el niqab, la burka, el chador, o todo junto. Algo «celosón» es el chiquillo, pero no vayamos a precipitarnos porque queda mucha semana aún y el mundo árabe es muy extenso para conocerlo en tres días de nada.

7. Debéis saber que los hombres son extremadamente peligrosos cuando rondan esa cierta edad en que son más conscientes que nunca de que están dejando atrás su juventud. Quieren revivirla de nuevo a tope, y el riesgo es que lo harán mucho mejor que la primera vez, porque saben más (se las saben todas) y tienen una experiencia y un encanto que nos hará perder el norte. Convéncete de que para ellos sólo sois una buena dosis de vitaminas, un estupendo lifting, y descarta la opción de inmediato, antes de sufrir nuevamente un considerable crashing. El interés del madurito por ti durará hasta que encuentre otra más joven que tú. Y siempre hay alguien más joven que tú.

Todo eso, sin contar con encontraros con el hombre roscón de Reyes (esos que después de camelarte, te vienen con que están casados o están separados pero tienen hijos; estos últimos son ciertamente infumables). Si los hijos, la suegra, la cuñada y el marido propios ya le son a una difíciles de soportar, imagina que todos vienen del exterior (acoplados) y, además, tienes una lunática ex haciéndote la puñeta constantemente.

8. Los españoles son una buena opción para tener con ellos una aventura. Son tan fantasmas que se dejan la piel intentando dejar el pabellón bien alto, sobre todo para contarlos después.

El Venusino, El Flipao, El Tarao O El Psicotrópico

«Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus.»

JOHN GRAY

«Mi novia siempre se ríe mientras le hago el amor... (no importa lo que esté leyendo).»

STEVE JOBS, fundador de Apple

Los madrileños llevan una marcha que no hay ser humano que la aguante. ¿Qué desayunarán estos muchachos para llevar ese ritmo? Están un poco blancos, eso sí. Por tanto, una deduce que deben dormirse unas siestas de pijama, padrenuestro y orinal, como decía Cela. Por otra parte, éstos no se hacen fotos en todos los rincones, de día y de noche, que eso balda. Tienes que decírselo a Pili (en cuanto la pillas a solas). No bebe ninguno, nadie fuma. Estáis quedando como un atajo de viejas viciosas. Os han llevado corriendo, de una punta a otra de Marbella, y cuando llegáis al lugar elegido, no hacen más que bailar, gritar, dar saltos... casi echáis de menos la tranquilidad de los lobos de mar. Hacen mucho pis (mucho más frecuentemente que vosotras) y, además, van todos en manada. Eso os desconcierta, creíais que las únicas que se comportaban de esa manera erais las mujeres. De todas formas, es totalmente lógico que vayan tanto al servicio porque están bebiendo agua toda la noche.

En cuanto has visto a Armando, se te ha caído el alma a los pies (o las bragas al suelo, como te ha dicho Carlota). Lo que te ha dicho Helena es que llamándose Armando no se puede esperar nada bueno de él: «Pero ¿cómo puede alguien llamarse Armando? ¿Armando qué? ¿Armando camorra, armando un mueble del Ikea?». Adriana se ha limitado a ponerse bizca, sacar la lengua y jadear como un perrito.

En fin, Armando es una interesante mezcla entre la candidez de Eduardo Noriega y el poder sexual de Lenny Kravitz. Lo que tú te dices es que te lo merendabas enterito y luego repetías, pero que más te vale quitártelo de la cabeza porque, al parecer, no se ha enterado de que existes. Va, viene, habla, pide en la barra su benjamín acuático, vuelve, se va al servicio, viene con el pelo mojado, despejado hacia atrás. Se va a la pista, chilla, salta, baila... Charla con todas, las del grupo y las de fuera de él, pero no parece tener interés por ninguna. Lo mismo es otro hombre ideal. ¡Vaya usted a saber!

A eso de las seis de la mañana a los madrileños se les ocurre la genialidad de ir todos a la playa (de Torremolinos ¡hala!, como si Marbella no tuviera una). Estáis destrozadas. Pero ellos se empeñan en darse todos un chapuzón. Algunas de tus amigas empiezan a quejarse: «¡Ni locas!». Pero, al final, todas termináis en el agua, tanto las que se han desnudado, como las que no lo habéis hecho.

Cuatro energúmenos te hacen correr por toda la playa hasta el paseo marítimo para darte alcance, finalmente. Se materializa ante tus ojos la imagen de un hombre de Cromagnon que persigue a la hembra elegida, la agarra por los pelos y la arrastra hasta la cueva. Y cuando te cogen a la silla de la reina, se te ocurre caer en el estúpido detalle de quitarte los zapatos. Que digo yo ¿qué más dará que se te mojen los zapatos, si vas a acabar empapada entera?

Cuando estás frotando tus párpados, tratando de evitar la molestia de la sal y la arena, de repente, un tipo viene a cogerte en brazos. Lo miras y te llevas el sobresón: ¡es Armando!

Te ha alzado como si fueras una pluma, sin el menor esfuerzo, y te conduce hasta una canoa de alquiler, de esas que están encadenadas en la arena. Te sienta en ella, coge tus zapatos, te seca los pies con su camiseta y te calza amorosamente.

¡Te quedas alucinada! No haces más que mirarlo tiernamente (a él, porque a sus musculosos brazos los estás mirando de otro modo).

Pero claro, habéis acabado tan chafadas que estáis deseando llegar al apartamento y secaros. Por tanto, ahí se acaba la primera cita con tu hombre de Neanderthal.

Al día siguiente veis a unos cuantos madrileños en la playa. Tomáis con ellos unas cervecitas en un chiringuito. Armando no está. Quieres preguntar por él, pero ¿a cuento de qué? Te callas.

A eso de las ocho y media de la tarde suena el portero automático.

Armando y su amigo Antonio vienen a interesarse por lo que vais a hacer esa noche. Tú te pones como un flan y vas al cuarto de baño a arreglarte esos pelos (un verdadero asco) que te deja el

ambiente húmedo de la costa. Suben, se toman una cerveza y Armando no hace más que mirarte. Aparece Ismail (el moro) dirigiéndose a la nevera en paños menores (como siempre) a echarse uno de sus habituales tragos de tinto de verano (a morro, directamente de la botella):

—¡Eh! —Sonríe a Armando—. ¿Qué pasa, tío?

—¡Hombre, Ismail! —se sorprende Antonio—. ¿Cómo tú por aquí?

—Yia ves, trionko. —Se encoge de hombros Ismail.

A vosotras os choca que se conozcan, pero no preguntáis, en realidad no importa gran cosa.

Salís y se repite la noche anterior. Para Armando eres transparente.

No estás, no has venido, te fuiste. Esta vez, a las siete de la mañana os vais todos a un chalet que tiene uno de ellos en Estepona. Se repite el nocturno baño, esta vez en la piscina. Y mientras estás intentando flotar, cuando toda tu ropa (y los zapatos) te quieren arrastrar al fondo, Armando viene buceando hacia ti. Se acerca. Está completamente desnudo. Tratas de agarrarte al borde de la piscina (más que nada por no desmayarte) y te besa. «Pero ¿qué le pasa a este chico? —piensas—. ¿Es que le pone verme empapada?» Os quedáis a dormir sobre las tumbonas en el jardín.

Cuando el sol empieza a arder en vuestras caras y, por lógica, os despierta, buscas con la mirada a Armando, pero no está. Ha debido de subir a alguna habitación a dormir. ¡Claro, como ya te has secado!

Al mediodía, llegáis todas tus amigas y tú a la playa y coméis, pero allí no aparece nadie.

Por la tarde, a eso de las nueve, tiembla tu móvil: mensaje desde un número desconocido. Lees: «e aprovechad k stabas durmiend xa piyar tu numro.kiero verte pero mJOR q no ns veams oi».

Lo lees de nuevo ¡No entiendes nada! ¿Quién es ése y qué idioma habla? Pero Camila te lo traduce en voz alta:

—He aprovechado que estabas durmiendo para pillar tu número. Quiero verte, pero mejor que no nos veamos hoy. —Se encoge de hombros—. ¡Hija, está clarísimo! ¡Es tu marciano!

¿Por qué? ¿Cuándo entonces? ¿Mañana? El venusino este te está desconcertando. Y eso es siempre un acierto (el tío es listo de narices), porque para ganar la batalla lo mejor que puedes hacer es confundir al enemigo. Dejarlo hecho un lío, fuera de combate, que se coma bien el tarro. La noche siguiente, tu grupo ha quedado con ellos en Fuengirola. Hay un concierto en no sé qué pub de no sé quién, y vais todos a verlo. Vuelves a buscar a Armando con la mirada, pero ni rastro. Al fin aparece. Esta vez se acerca directamente a ti y tú te pones a tocar el cielo con la punta de los dedos de la felicidad suprema que te ha entrado súbitamente.

Tras un rato de charla, te pide el número de Amelia que, por lo visto, le encanta. Te dice que eres una tía maravillosa y que te necesita como amiga. Te presenta a un chico que acaba de conocer (ni te enteras del nombre) y te deja con él como si acabara de entrar de visita en una casa, colgar su chaqueta en el perchero e introducir el paraguas en el paragüero (aunque tú tienes la visión de que te lo ha partido en la cabeza).

El venusino deja de tener su gracia. Ya no es que sea raro, es que está flipao. Si quiere el número de Amelia, que se lo pida él o que se moleste en robárselo, como hizo con el tuyo.

Y, teniendo amigos así, ¿quién desea enemigos? Curiosamente no se acerca a Amelia, para nada. Se pasa gran parte de la noche charlando con Helena.

La noche siguiente estás agotada (además de rebotada) y decides quedarte a dormir. A las cuatro de la mañana, alguien golpea el cristal de la ventana. Pero ¿cómo es posible si es un quinto? Armando ha trepado por un árbol y creía que tu ventana iba a estar abierta. No contaba con la brisa fresca de la madrugada.

¿Flipao dijiste? ¡Este tío está tarao perdido! Pero le abres, ¿qué vas a hacer?

Te empieza a besar apasionadamente y no te deja respirar. Le preguntas (en cuanto te lo permite) si no le gustaba Amelia. Y te dice que no, «que había sido para ponerte a prueba». ¿A prueba de qué? Pero ¿realmente sabe lo que está diciendo? Empiezas a pensar que este chico dice lo que sea con tal de que te calles. Y que es de esos que si les preguntas, por no quedar mal, van y se inventan cualquier cosa. Si ya lo digo yo siempre: «Si no quieres que te mientan..., no pre-guntes».

Un beso lleva a otro y una caricia a otra más, y termináis, finalmente, donde te encontrabas antes de que hubiera llegado. Os pasáis la noche entera haciendo el amor. ¡Seis de golpe!, y sin descanso. ¡Estará tarao, hija, pero este chico es una maravilla! Vamos, que si el sanatorio mental de Ciempozuelos está lleno de éstos, yo fijo mi residencia allí.

Y, al fin, cuando el sol entra por la ventana, se queda dormido.

Le dejas una nota: «Nos hemos ido a la playa. Cuando te despiertes, desayuna lo que quieras. Nos ponemos donde siempre. Besitos, Natalia».

Os levantáis, os ducháis, os ponéis el bañador, vais a la playa, os vais a comer, regresáis, y allí sigue: durmiendo como un bendito. Te tumbas a su lado, te duermes tú, te vuelves a levantar, volvéis a arreglaros para salir. Os vais de marcha.

Ligas con un argentino (Sebastián) y a éste no lo quieres perder por nada del mundo. Además, de tu venusino-flipao-pirao ya esperas poco, o nada. Así que te lo llevas al apartamento. Pero cuando llegáis, os encontráis con que Armando sigue durmiendo, con la nota en la mesilla y a vosotras os da la risa. Afortunadamente, a Sebastián también (es lo bueno del «turismo sexual», que nadie espera nada de nadie, ni coherencia, ni mucho menos decencia). Algunas de tus amigas se han traído acompañante igualmente. Y no te olvides de Ismail (el moro), que sigue allí, con Pilar secuestrada y blanca como la leche (pobre muchacha).

Así que tenéis que hacer unos cuantos cambios de apartamentos, cuartos y camas.

Al final, a Armando se lo juegan a piedra-papel-tijera las que venían sin lígüe.

—Carlota, te ha tocado, hija. —Sonríes a tu amiga.

—Bueno, yo estoy hecha polvo... duermo donde sea, y éste está out, así que no creo que me ataque... —Se encoge de hombros—. Oye... pero ¿respira?

—Mira a ver si huele mal. —Se acerca a él Camila.

Armando amanece a las siete de la mañana del día siguiente, con las arrugas de la sábana marcadas en la mejilla y mira a su lado: Carlota está durmiendo junto a él. La abraza, besa su carita y le dice muy romántico:

—Me lo pasé genial anoche.

Carlota, somnolienta, entorna los ojos forzando la nublada vista y le responde: — Y yo también, tigre, y yo también.

Pocos días después te queda bastante claro el misterio. A Pilar le ha confesado el moro que Armando es uno de sus mejores clientes: el venusino no es más que un tipo que se mete sustancias psicotrópicas desde que amanece hasta que cae rendido en cualquier rincón. Pero cuando cae rendido, puede que despierte dos días más tarde.

Tenéis que decirle a Pilar que ese moro tiene que salir pitando del piso.

—Dejádmelo a mí —se presenta voluntaria Helena—, que yo tengo mano izquierda. ¡Piliiii!!

—Dime. —Pilar sale del cuarto de baño.

—Pili, bonita mía, hay que bajarse al moro —Helena ataca directamente.

—¿Qué? —Arruga la nariz ella—. ¿Has perdido la olla? ¿Quieres que trafiquemos con drogas?

—No, mona, no —aclara Helena—. HAY QUE BAJARSE AL MORO DEL APARTAMENTO.

A ver si lo entiendes: el moro se está bajando al Moro y puede que lo haga desde aquí y sólo nos faltaba acabar en comisaría.

Veamos las conclusiones de este capítulo:

¿Te extraña lo de Ismail? Vamos a ver, mona: en veranito, en Marbella (en aquel entonces, la capital de la corrupción) y con ese ritmo de vida, no ibais a conocer a un buen muchacho árabe que reza sus oraciones orientado a La Meca por la mañana, al mediodía, por la tarde y por la noche, que no bebe alcohol ni come carne de cerdo y que visita la mezquita con la misma frecuencia que el locutorio para enviarle dinero a su madre enferma... Vamos, lo que se dice un hombre de bien como manda Alá.

Y respecto a los madrileños, ahora comprendes por qué no bebían más que agua, por qué llevaban esa marcha y por qué no aparecían hasta las tantas de la noche. También lo de los aseos públicos cada dos por tres y lo de mojarse el pelo y refrescarse. Te encaja todo, hasta lo de que funcione por venadas. Empiezas a recordar nombres de drogas como el éxtasis y algunas de las

utilidades de la cocaína (en caso de uso tópico local) con respecto a las prácticas sexuales.

El hombre psicotrópico no es dueño de sus pensamientos. En realidad, se le han caído las dos neuronas que le quedaban en la última raya, pastilla o cristal. Y los sentimientos funcionan como tics nerviosos que responden a estímulos externos que le producen las drogas (no el cerebro, el cerebro lo tiene hecho puré).

No le des más vueltas, no intentes comprenderlo. No tiene ninguna explicación. Es algo así como intentar averiguar dónde pasan las mariposas el invierno o por qué una mamá pega a su hijo después de que se caiga al suelo (como si no se hubiera hecho ya suficiente daño, el pobre). Algo así como el enigma que encierra el que nadie reconozca en Clark Kent a Superman, o el motivo por el cual nadie muere en los dibujos animados, o por qué Gene Kelly se pone a cantar a lo tonto, sin tino ni camino, en todas las películas, o la razón por la cual el Coyote jamás pilla al Correcaminos, o por qué nadie hace caso a la vieja, o el viejo que previene del peligro en las películas de terror, o que el coche nunca arranque cuando el prota tiene que salir huyendo...

Hoy a las dos de la tarde muere por ti, pero a las cinco se tira a por otra, a las ocho sale del armario y a las siete de la mañana no se acuerda de cómo se llamaba su madre. Y a ti te confunde con su tía la del pueblo.

El Tío Legal

«Creo que el sexo es una cosa hermosa entre dos personas. Entre cinco, ya es fantástica.»

WOODY ALLEN

Sebastian te embriaga sólo con escucharle. Su dulce acento argentino y su peculiar modo de arrastrar las frases y las palabras te mecén entera, hasta que sientes que vas a entrar en coma profundo.

Has pasado unos días inolvidables: baños de sol, arena y agua salada, violines, vino, amor y rosas... Habéis paseado bajo la luna con los pies descalzos bañados en el mar, habéis disfrutado de románticas cenas a la luz de las velas, mientras filosofabais sobre cualquier cosa, profunda o banal. Te ha hablado de Dios, de los hombres, de política, de la luz del atardecer en El Cairo, de la familia que dejó allá en Buenos Aires. De sus hermanos, sus abuelos, sus padres, de sus amigos y amigas. Te ha hablado de Gardel y de que desde bien chiquito concibió que las mujeres eran perversas, frías y castigadoras porque en los tangos siempre las pintaban así. Y que los pobres hombres deambulaban por calles desiertas y oscuras, callejones sin salida, buscando su pérfido amor, acabados, destrozados, rotos de dolor.

Te ha hablado de su trabajo. Porque en contra de lo que tú esperabas, él no es psicólogo, ni sociólogo, ni dentista, sino veterinario. También de su amor por los animales. Y te enteras de que ejerce en un pequeño zoo de Guadalajara.

Pero ¡si eso está ahí mismo! Podríais veros con frecuencia. Y te dan ganas de decírselo, porque lamentas profundamente tener que despedirte de él. Sabes que tu regreso a Madrid te va a provocar una depresión. Pero te callas, porque Gabriel ya te ha enseñado muy bien que no se deben hacer preguntas, ni proposiciones, ni sugerencias, ni nada.

Y el caso es que Sebastián te ha asegurado que le gustan las mujeres íntegras, que dicen lo que piensan y que hacen lo que dicen; que no lo mareen y le hagan devanarse los sesos para pensar qué necesitan, mejor que lo pidan. «Las mujeres equilibradas, maduras y sinceras.» Eso dijo. «Las mujeres que van con la verdad por delante, sin ignominias, sin prejuicios, ni complejos... sin juegos ni adivinanzas.» Eso es lo que le enamora de una mujer. Y eso es lo que él ofrece: la verdad, su verdad. Porque él nunca miente. Y no guarda ningún secreto que pueda afectar o lastimar a nadie.

Y, hablando y hablando, te ha contado sobre su pasado, sobre su presente y sobre sus sueños respecto al futuro. Y que vive en un piso de alquiler con una modelo de Yakarta.

Una chica muy especial. Es su mejor amiga, la única. Con ella comparte no sólo techo, macarrones y Coca-Colas, también confidencias, anhelos, preocupaciones... Siente una profunda amistad hacia ella. No se tienen más que el uno al otro. Y se aprecian tanto que si uno de ellos necesita de calor humano, de afectividad, ternura o cariño, pues no tiene más que pedirlo y se acuestan juntos. «¿Ein?», te gritas en silencio.

Luego está Rosa. Una enfermera de color con la que sale hace diez meses. Es la sustituta perfecta de su madre. Rosa está pendiente de él, en cada detalle. Es un cielo. Tan dulce, tan tierna, tan cariñosa... Si lleva un botón descosido, saca de inmediato aguja e hilo del bolso y se pone a cosérselo.

Cada dos por tres les lleva al piso a Sausan, la modelo de Yakarta, y a él algún guisito que «recién se hizo a última hora». Es su paz y su quietud. Da unos masajes relajantes de miedo.

Sería el «perfecto báculo de la vejez», el descanso de cualquier guerrero.

«¿CÓMO?», te preguntas. Empiezas a pensar que, claro, como te ha bloqueado lo de la «lagarta de Yakarta», seguramente te has perdido algún detalle importante del último coloquio.

...Y Manuela («¡relinda!») la conoció hace seis meses. Es una azafata bellísima, «por dentro y por fuera». Es un auténtico torbellino. Está convencido de que Manuela es hiperactiva.

Supone que ella tiene tanto terror a perderse un pedazo de vida cuando está haciendo esos larguísimos viajes, que a su regreso no se priva de nada. No para quieta un segundo. Y lo arrastra con ella. Es su alegría de vivir. La chispa de su vida. Además de una persona maravillosa y una amante excepcional.

«¿QUEEEEEEEÉ?», esto ya sí que no lo entiendes. «¿Y las rupturas?» Pero él sigue hablando,

envuelto en una nube de humo blanco.

Las tres saben de la existencia de las otras dos y de la relación tan «especial» que le une a ellas. Y lo aceptan y agradecen su sinceridad. Por supuesto, él se esfuerza mucho en no herir a nadie (y en satisfacerlas a todas). Y, bueno, el hombre también respeta las ocasiones que a ellas les van saliendo por ahí.

Te estás empezando a poner furiosa. Sobre todo contigo misma, porque sigues ahí sentadita, mirándolo con cara de boba. Te preguntas qué parte del «Nena, yo no soy un hombre, SOY UN HARÉN» no has entendido. Así que dejas de escuchar, y en tu cabeza proyectas tu silueta vestida con un ceñido traje de color negro tan abierto por los laterales que deja al descubierto gran parte de tus muslos, el cabello recogido en un moño «apretado como el rencor» y con una navaja entre los dientes. Los primeros acordes de Celos de la orquesta de Carlos Ravel llenan de ecos el «arrabal» que aparece iluminado «a media luz, bajo el burlón mirar de las estrellas».

Sebastián descansa su espalda contra la pared bajo la luz de un farolillo. En la penumbra, «bajo el ala del sombrero», adivinas que sostiene un cigarro que cuelga de sus labios. Al sonreírte, sus dientes resplandecen con un fulgurante destello blanco. Agarras, arrebatadora, su traje por la pechera y le atraes hacia ti para bailar al compás de la música. Acabáis de bailar vuestro «último tango». Porque tú, «una noche de Reyes, comprobaste que te engañaba» y conociendo su traición ya «qué importa perderte mil veces la vida, ¿para qué vivir?».

Pero en ese instante, lo piensas, rascas tu barbilla y reparas en que si debe perderse una vida, es mucho mejor la idea de que sea la suya y no la tuya; así que «ofendida en tu amor propio, quieres vengar el ultraje. Llena de ira y coraje», clavas tu navaja en su corazón, «sin compasión».

Sebastián ha dejado de sonreír «como un paria» y, sin el más mínimo parpadeo, su «mirada febril» expresa desconcierto, perplejidad y asombro. Tú tomas de su boca el cigarro aún humeante y, fría como el acero, te despides indiferente: «Espérame en el cielo, corazón, si es que te vas primero».

Sebastián cae «cuesta abajo y en su rodada, las ilusiones pasadas ya no las puedes arrancar».

Al cabo de los años, «cuando las nieves del tiempo platean tu sien, vuelves a aquel lugar con la frente marchita, «fané y descangallada». «Tal vez tu voz de alondra tomó su tono oscuro de callejón o acaso aquel romance que sólo nombras cuando te sientes triste por el alcohol», pero el caso es que «cantas tango como ninguna, al yuyo del suburbio».

Y, cuando vuelves a la cruda realidad, él sigue hablando y hablando... ¿Te habrás perdido alguna más? Porque... ¡recontra, que no es «por una cabeza», que ya llevamos tres! Pero como ya todo te da lo mismo, porque en realidad no hay nada que perder (porque no has ganado nada), lo fulminas con la mirada al preguntarle, en voz alta, si es eso lo que espera de su futuro. ¿Ser propietario de su burdelito particular? Si no desearía estar con una sola mujer y tener un equilibrio emocional con ella y una estabilidad y, quién sabe, quizá casarse y tener hijos en común, envejecer juntos. Y te responde, claro está, que sí, que eso lo tuvo durante los cinco años que salió con su novia de Argentina, hasta que ella, la tal Mónica, decidió dejarlo. Pero que para eso tendría que encontrar a la persona idónea. Y tú piensas: «¿Y eso, cuando va a ser? ¿Vas a tardar mucho en encontrarla? Y si la encuentras, ¿lo vas a saber de inmediato, o la vas a estar fastidiando durante mucho tiempo?». ¡Y, qué porras! ¿Qué más te da lo que piense? Éste es otro de los muchos beneficios del turismo sexual. ¿Qué importa quedar como una pánfila patética con alguien si luego te las vas a pirar y no le vas a ver más en tu vida? Decides interrogarlo al respecto y te responde:

—¿Sabés? Al segundo en que te vi, sentí que quizá vos podés ser esa persona. Y cuando te hablé y te escuché casi me convenzo. Sos, y de esto estoy seguro, una mujer que me va a dejar huella. Pero tendría que estar a tu lado más tiempo, mucho más de lo que hemos estado juntos, para poder asegurar que sos la persona que yo espero. Tendría que estar alejado de la luna, tan redonda y tan naranja, de las estrellas; tendría que dejar de escuchar la voz del mar, «del llanto eterno» y tendrían que dormirse las mariposas que vuelan constantemente en mi estómago... Tendríamos que cobijarnos juntos de la lluvia, bajo un mismo paraguas; compartir una manta para abrigarnos en invierno; tendría que vivir el día a día con vos: las preocupaciones del trabajo,

la hipoteca que sube y sube, el precio del café, los tomates, o el pescado; ver juntos el noticiero... Porque, imagínate que sos vos y yo te dejo escapar.

A ti, de repente, te parece lo más bonito que has escuchado en tu vida, pero te quieres morir. No lo haces. En su lugar, sólo tropiezas con una piedra. Así que aprovechas la ocasión de haberte torcido el tobillo (tanto paseíto playero a la luz de la luna..., o sea, a oscuras) para ponerte a llorar «con pena de bandoneón»:— ¡Ay, qué daño, qué daño! ¡Qué dolor!

Mis sufridas lectoras, no estamos, de ninguna manera, preparadas para el hombre tío legal. A nosotras, en el fondo, nos encanta que nos mientan. Que nos digan que hemos adelgazado después del turrón, que afirmen que siempre estamos guapas, que nos repitan que nos quieren y nos recuerden que somos las mujeres más fantásticas de la Tierra, que ninguna otra está a nuestra altura.

¿Os imagináis un tipo que siempre (lo que se dice siempre) dice la verdad? ¿Quién se la ha pedido? La verdad puede ser cruel, y el mundo está hecho de mentiras.

Puedes vivir una aventura preciosa con este hombre, pero ¿estás dispuesta a luchar para convencerlo de que eres la persona más conveniente para él? ¿Vas a entrar en la competición con la enfermera, la azafata, la lagarta de Yakarta, la peluquera, la dependiente de la tienda de regalos, la cajera del Alcampo, la cerrajera, la entrenadora personal y la compañera de curro? Tú verás. Pero yo, particularmente, me diría: «Basta de carreras, se acabó la timba, un final reñido yo no vuelvo a ver».

Puedes relajarte y seguir viviendo tu vida, mientras esperas acontecimientos. En cualquier caso, te aconsejo que eches el freno de mano. No te emociones. A ver si «cualquier pingo va a ser fijo en domingo».

Y, en definitiva, el mejor consejo que podría darte es precisamente un refrán argentino: «Soldado que huye vale para otra batalla».

Tú Y Peter Pan

«¿Que el sexo prematrimonial es pecado? No existe el sexo premarital si no tienes intenciones de casarte.»

STEVE JOBS, fundador de Apple

«El sexo a los noventa es como intentar jugar al billar con una cuerda.»

CAMILLE PAGLIA

Ya has regresado de tus vacaciones y necesitas urgentemente volver a la normalidad. Basta ya de excentricidades.

Hay que equilibrarse un poco, que te has descentrado del todo. De momento, te apuntas al gimnasio de Cecilia y también a las clases de la danza del vientre. Te has propuesto dejar de fumar, así que no te va a venir nada mal hacer ejercicio y comer sano y muy poquito, porque la última vez que lo intentaste te cargaste de kilos.

Y, sobre todo, nada de hombres. Nada de hombres en una larguísima temporada. Salvo Sebastián, claro, con el que te sigues viendo de vez en cuando con tu freno de mano echado.

Pero a mediados del mes de octubre repasas:

- Sólo has ido dos veces al gimnasio.
- Sigues fumando como un carretero y, encima, has engordado.
- Lo de la danza del vientre, mejor déjasele a Shakira porque, sinceramente, no es lo tuyo.

Así que, puestas a traicionarte del todo, conoces a Miguel.

Susana y tú habéis quedado en el Retiro. Su hermano Gonzalo aún conserva su bronceado porque ha aprovechado los últimos rayitos de sol del verano (ya otoño) sentado en la escalera del lago del parque. Además, dice haber ligado mucho allí. Vais a tener que seguir sus consejos.

El parque está abarrotado de melenas rubias, de minifaldas o shorts vaqueros, de pieles abrasadas por el traicionero sol de Madrid, siempre oculto tras nubes de polución más o menos opacas. Es como si el verano no quisiera morir en la ciudad este año. Un extenso grupo de indios peruanos tocan sus quenas, sus mandolinas y sus zampoñas. A escasos metros, tres rusos sudan lo suyo desplegando y comprimiendo su acordeón. Y en la esquina del chiringuito, una pareja parece estar cantando un fado. Y vosotras estáis allí, en la intersección de todas esas notas que se mezclan y forman un ruido extraño pero agradable, con las interferencias de otros acentos y otras lenguas, que a su paso, chocan sus caderas o sus codos.

Siempre es reconfortante encontrar un lugar donde sentirse tan anónimo, tan diferente. Sentirse tan solo en ese mar de gente, risueña, cabizbaja, escandalosa, silenciosa, parlanchina, eufórica, melancólica, agresiva o besucona, que va y viene como olas que rompen a dos metros de la orilla.

Os sentáis en la escalera del lago. Ambas flipáis con unos bronceaditos rastafaris. No hacen otra cosa que zamparse unos bocatas que parecen flautas, dándole a las litronas de San Miguel y al brik de Don Simón de lo lindo. Se fuman unos petas que, más que porros, parecen tubas, y no tienen ni medio gramo de grasa. Todos ellos son pura fibra. Tienen unos abdominales igualitos que los del último novio de la Obregón.

Y, de repente, alguien se pone a fotografiaros. Os dais la vuelta para mirar hacia atrás porque el tipo os tiene del todo desconcertadas. Pero no. No hay nadie más. Es a vosotras a quienes está retratando. Susana se pone a hacer poses (no tiene el menor sentido del ridículo), pero tú estás tratando de ocultarte tras ella mientras rebuscas en el bolso. Tienes que sacar el espejo y revisarte. ¡Menuda pinta debes de tener con esa camiseta de hombreras, que pareces un camionero. Sin pintar y con el pelo recogido con una horrible pinza de plástico amarillo que compraste en los chinos! Pero nada, Susana sigue haciendo el imbécil y el buen hombre disparando...

Estaba totalmente previsto que al final se os acercaría. Os presentáis, tenéis que sonreír cumplidamente y os veis forzadas a pedirle el teléfono para que os envíe las imágenes. Se llama Miguel y es paparazzo. Pronto quedas atrapada en sus redes.

Miguel es un chico peculiar. A sus treinta y cinco, aún vive en casa de su hermana, que fue la que primero se independizó.

No soporta ya a sus padres, pero tampoco dispone del dinero suficiente para marcharse a vivir solo.

Y a ti no te extraña, porque el tío vive a todo tren. Te ha invitado a comer el cocido de Lhardy, a los desayunos del Ritz, a cenar al Jockey, a salir a las discotecas de moda, a esquiar a los Alpes, a bucear al Caribe... No hay puente que no te saque de paseo, aunque sea para tomar una ración de morteruelo en Cuenca. Cada vez que quiere sorprenderte con una noche romántica te lleva al Villamagna o a la suite nupcial del Palace.

Has tenido que comprarte seis vestidos diferentes de noche, dos atuendos más de esquí, el equipo de bucear, el kit completo de caza (porque también le gusta la caza), una caña de pescar (porque a veces te lleva al río). ¡Ah!, y un casco para la moto. Porque el niño tiene coche y moto. ¡Menudo presupuesto echarse un noviete así!

El día que cumplís vuestro primer año de novios, te invita a hacer una excursión en globo aerostático. Y allí arriba, sobrevolando el acueducto de Segovia, saca dos copas y una botella de Moët & Chandon, Brut Impérial. Eso sí. Muy frecuentemente no llega a fin de mes, así que te pide dinero prestado para echar gasolina, para la pensión de la tía Kika, para comer en un McDonald's o para una bolsa de pipas.

No te sientes capaz de reprocharle nada, porque como su trabajo es «tan así» no tiene la menor estabilidad. Trabaja un día y seis descansa; a veces encuentra el pillado bombazo, como que Pocholo se ha enrollado en una fiesta con, qué sé yo, con la hija de Aznar y la Botella, y le pagan un pastón.

Pero en otras ocasiones (la gran mayoría), hace la fotografía número mil setecientos treinta y cuatro de la Pantoja con coleta de portera, gafas de sol y sin depilar, mientras enseña dientes y empuja el carrito de Iberia a rebosar de maletas, y con un aluvión de reporteros alrededor preguntándole por Cachuli y, obvio, por esa toma no saca ni un céntimo.

Pero, ¡caray!, es que cuando le pagan bien se lo pule de inmediato. Y así te pasas un año más, a caballo entre el glamour y friquilandia. Entre caviar iraní, y bocatas de calamares; entre un palco en el Teatro Real, y una butaca de mini-cine de barrio; entre un polvazo en el Zouk Hotel, y un quiqui en el asiento trasero de tu coche; entre el vestido de noche de seda salvaje, y el chándal del Carrefour...

Y cuando vais a cumplir el tercer año juntos, de repente te miras en el espejo y ¡zas! ¡Te encuentras una cana! ¿Y qué demonios son esas pequeñas líneas que te han salido al lado de tus ojos? ¿Y esas rayitas verticales en el contorno de tus labios? ¡¡DIOS MÍO!! ¡PATAS DE GALLO Y CÓDIGO DE BARRAS! ¡Lo peor! Creías que nada podía superar a la celulitis, pero esto es mucho más grave. Pensabas que eso no existía. Que era algo que les pasa a otras, a las demás. Pero ahí está...

Y lo escuchas ininterrumpidamente: Tictac, tictac, tictac...

¡EL RELOJ BIOLÓGICO! No falla. Y sales del cuarto de baño y te da por prestar atención al runrún incesante de tu madre durante el desayuno:

—Yo no sé qué esperas tú del futuro. ¿Cumplir cincuenta años y seguir de novia con este señor? ¿Paseando por el parque de Berlín? ¿Yendo al cine los domingos por la tarde? Y mira que tú ya no eres ninguna niña. ¿Eh? Que te faltan dos tacos para la treintena... Que se te va a pasar el arroz, hija, que se te pasa... Mira, nena, admítelo, este chico no tiene ni oficio, ni beneficio. Es que te veo manteniéndolo el día de mañana...

En la comida:

—¿Para quién? ¿Para Pachi? ¿Y eso qué demonios es? A ver. Que no, que no, que te digo yo que alguien que tiene una profesión que no se puede traducir al cristiano, como Dios manda, no es de fiar. Y mucho menos si la palabra suena a italiano. ¡Que fíjate tú los gigolós esos! Que no es trigo limpio, que no. Porque a mí me vienes y me dices: mira, mamá, éste es mi novio y es zapatero, abogado, carpintero, biólogo, cartero, veterinario, charcutero...

En la merienda:

—...Pintor de brocha gorda, fontanero, electricista, juez, dentista, albañil, arquitecto...

Y en la cena:

—...o ¡percebero escafandrista!, y te digo: vale, lo entiendo. Pero me lo presentas con esa pinta de existencialista que tiene, enseñando los calzoncillos por la cinturilla del tejano, ¡a su edad!, y me dices: «No que es Caracachi, o Cachigeta, Curroniente o Cuchipandi...», pues una se sospecha lo peor. Que te está tomando el pelo, hija, que te lo está tomando.

Así que un domingo de esos tontos, tomando algo en un café, le preguntas qué espera él del porvenir. Y te dice que pasarlo bien, disfrutar de la vida y ganar mucho dinero (típico).

—Pero ¿cómo? —Te cruzas de brazos—. Quiero decir, ¿no se te ha ocurrido nunca poner una tienda fotográfica para ganar un sueldo más o menos fijo?

—¿Y vender carretes? ¿Hacer fotos a vejetes para el carné de jubilado? —Sonríe sólo de medio lado, como si acabara de escuchar el mayor de los improperios. ¿Hacer horteradas de calendarios con los niños vestiditos de comunión? ¿Reportajes de bodorrios?

—¡¡NO!! —Huy, has gritado. Has gritado y sabes que eso le corta el rollo. Rectificas, te aclaras la voz con un ligero carraspeo y bajas el volumen:

—No, no... no sé. Tal vez hacer exposiciones —sugieres—, tienes miles de fotos preciosas de gente de todo el mundo y de paisajes que has visitado.

—¡Ay, niña, qué inocente! —Se sonríe—. Tú no sabes cómo está el mundo del arte. Corrompido del todo. Aquí sólo funcionan los que tienen nombre y apellidos. No se compran fotos de un don nadie como yo.

Te cabreas. Te cabreas y mucho. Y comienzas a hacerle más y más preguntas, hasta que acabas por pronunciar:

—¿Y respecto a mí? ¿Qué planes tienes conmigo?

—¿Contigo? —Te acaricia—. Pues quererte. Quererte mucho siempre.

—Ya, pero ¿cómo? —insistes.

—Pues, tontina, ¿cómo va a ser? —pregunta «ojiplático»—, como te quiero... así. —Y el muy mentecato abre los brazos de par en par, con las palmas de las manos muy abiertas.

—Mira, Miguel —lo apuntas con el dedo—, llevo casi tres años saliendo contigo, no tienes casa, así que seguimos yendo a hoteles. No conozco a tus padres, no me has presentado siquiera a tu hermana con la que vives... tú... —Interrumpes tu charla para observarlo. Está desconcertado del todo, es como si estuvieras hablando en swahili. — ¿Te gustaría tener hijos? —empiezas a jugar con el sobrecito del azúcar.

—Pues... para eso falta mucho... nooooo... —Él intenta atrapar, con la yema de los dedos, los diminutos granos blancos que has derramado sobre la mesa—. No se me ha ocurrido pensar en eso aún. Algún día, claro, pero todavía soy muy joven y no estoy preparado.

¿Treinta y ocho años y aún no sabe si quiere tener hijos? ¿Casi cuarenta tacos y desconoce qué quiere ser de mayor salvo, claro está, millonario?

¡Hija de mi vida, estás encerrada en El País de Nunca Jamás!

Peter Pan no es consciente de que el tiempo pasa. No ve, ni falta que le hace, que se le van amontonando los años. Todos a su alrededor (sus amigos, tus amigas, los vecinos, los compañeros de mili...) son unos carcas jurásicos. Echan tripa, pierden pelo, se amarujonan... pero él sigue conservándose fantástico. Continúa viviendo su sueño (concretamente en los ochenta). Él no crece, ni envejece (ni mucho menos madura).

Y es que Pan cuenta incondicionalmente con la ayuda de la tribu de los indios, la de las sirenas, la de los niños perdidos, o la de las haditas buenas que le echan polvitos mágicos que lo hacen volar... ¡Ah!, y Wendy está ahí siempre para contarle cuentos. Es decir, Peter vivirá de sus padres hasta que pueda vivir de sus hijos, pasando por su pobre hermana.

¿Sabes lo que te digo? ¡Que lo aguante Campanilla!

¡Cómo Está El Patio!

«Las mujeres son capaces de fingir un orgasmo, pero los hombres pueden fingir una relación entera.»

SHARON STONE

A estas alturas ya te has enterado de cómo está el patio.

Es una lástima, porque te proporcionaba una gran comodidad el vivir inmersa en ese maravilloso mundo de Wally que te habías montado; pero al fin has despertado a la realidad.

Y, aun así, te sientes más que satisfecha: no has corrido una suerte tan atroz que te haya dejado maltrecha. Has sido de las afortunadas. O si no, echa un vistazo al panorama sentimental de tus amigas.

Camila empezó a salir con un vendedor de biblias. El pobrecito no tenía dónde caerse muerto. Así que la buena de Camila habló con su padre, y éste colocó al muchacho de comercial en la gran firma de corsetería-lencería que regentaba.

La sufrida chica se había comprado, con mucho sacrificio, un pisito en un humilde barrio de Madrid. Pero como el chiquillo pagaba alquiler, los mismos padres de ella le sugirieron que lo mejor era que el chaval ocupara el pisito y que, una vez que se casaran, se fueran a vivir allí los dos. A Camila le incomodaba un poco la situación, porque había previsto que pagaría la hipoteca alquilando el piso, pero accedió.

Como la relación estaba tan avanzada, enseguida él propuso pagar la mitad de las letras y, con ello, ambos compartirían gastos, facturas, tarjetas de crédito y cuentas corrientes.

Pero a ese plan inicial le faltaba un pequeño detalle: que, efectivamente, él pagara su parte. Camila sólo cobró la mitad el primer mes, porque durante los tres largos años que duró su noviazgo, la única nómina que se veía en la cuenta era la de ella. David (así se llamaba el pollo) siempre tenía algún contratiempo: un golpe en el coche, el seguro que no se lo pagaba, un atraco, un accidente, el sinvergüenza del jefe que no le cargaba en cuenta las comisiones («pero no se lo digas a tu padre, que se va a disgustar») y un sinfín de incidentes puntuales. Mucho, muy puntuales, siempre a primeros de mes.

Lo peor es que la nómina de Camila, después de pagar la letra, la comunidad, el préstamo personal de la reforma, los plazos de los muebles, los del coche de David, el desayuno del desamparado, la comida y la cena, el cine y las palomitas, pues daba para más bien poco. Por tanto, ambos decidieron quedarse en casita de los papis de Cami, bien calentitos, viendo la peli de los sábados y los domingos por la noche. ¡Qué bueno que él fuera tan casero y tan familiar! Luego se marchaba prontito a dormir. Así no gastaba ni luz, ni calefacción.

De vez en cuando sufría algún que otro apuro que obligaba al mozalbete a tener que personarse en el cajero y volver a coger unos cuantos euritos. En ocasiones, hasta dos y tres veces en el mismo día. Así que Camila terminó completamente harta de su David y, casi por intuición, lo mandó a paseo. Y... ¿qué contestó él? Pues que «en este momento me viene muy mal, ¿por qué no esperamos a después de Navidad, para no disgustar a tus padres?». Fue escuchar esto y a Camila le entró la prisa loca. La mosca que le rondaba detrás de la oreja se le estaba clavando en el mismísimo cogote. Y lo largó sin contemplaciones.

Y como la joyita no pudo chuparle más sangre, pues no pudo recuperar el dinero que había robado de la empresa y había prometido devolver, ni el dinero de la comunidad del piso en el que vivía (el de Camila), que había «tomado prestado» durante el tiempo en que se ofreció voluntario para ser presidente, ni el dinero del coche de su jefe, que había destrozado al salir una noche, borracho perdido y acompañado de dos mujeres de dudosa reputación (fiestorro aquel pagado a cuenta de las dietas de los viajes), ni algunas que otras monedillas más que había sueltas por ahí.

En cuanto hubo cortado la relación, se abrió la caja de Pandora: su madre y ella misma empezaron a echar de menos algunas joyas que guardaban en casa; a su padre le faltaron quinientos euros que ocultaba en su mesilla; los vecinos del piso vinieron a contarle lo bien que se lo pasaba Davidín llevándose a su casa (la de ella) a zorriones de tres al cuarto cuando se «iba a dormir prontito», algunas de ellas, eran incluso muy buenas amigas (de ella también); y un larguísimo etcétera que no nos cabría en esta sección.

La pobre Camila tuvo que pagarle ¡la mitad del piso que se suponía era de los dos y por el que él no había pagado ni un céntimo! Pero fue lista, porque le dijo que sólo le pagaría el valor que estaba saldado hasta ese momento (unos 6.500 euros) y no el del propio piso (150.000 euros) y que se lo pagaría en letras del coche que destrozó, en pagarés por el valor del desfalco de la empresa y en reponer el dinero de la comunidad de propietarios. De este modo, quedaba tranquila sin que nadie viniera a pedirle cuentas y se lo quitaba de en medio para siempre. ¡Qué felicidad suprema quitarte un muerto de encima, aun pagando muchos millones! ¡Ojalá todos los problemas se pudieran resolver pagando dinero!

Con chicos como éste te queda bastante claro aquello de «cada mochuelo a su olivo», o «cada uno en su casa, y Dios en la de todos»... O que jamás en la vida se abre una cuenta corriente con un tipo, por muy novio que se haga llamar, hasta que una no haya pasado previamente por la vicaría o el juzgado y, aun así, lo de la separación de bienes es todo un acierto.

Lo de Adriana fue más heavy, si cabe. Aún recuerdas aquella tarde en que vino a visitarte, contándote que José (el chico con el que vivía) estaba cumpliendo condena los fines de semana y los festivos.

—Pero ¿qué me dices? —le preguntas.

—Como te lo cuento —se entristece la chica . Al parecer, tuvo un accidente. Atropelló a una señora en la calle y, aunque la socorrió, no se presentó al juicio cuando lo llamaron a declarar.

—Pero... vamos a ver, Adriana —ya comienzas a dudar de la inteligencia de tu amiga—, ¿tú has visto alguna citación, carta, algún papel, algo con pinta judicial, que lo diga?

—No. —Baja la cabeza ella—. Pero, después de cinco años, no voy a sospechar de él ¿no?

Mira, niña, dile a tu amiga que los embusteros (sean ellos o ellas) son muy capaces de mentirte a los cinco años, a los diez, en las bodas de plata y en las de oro, si llegaran. El caso es que tú te pusiste a hacer investigaciones.

Llamaste a los juzgados, te hiciste pasar por su mujer, lloraste, suplicaste y un alma compasiva te informó: — A ver, señora..., tranquilícese, es que yo no puedo hablar de esto telefónicamente, pero le puedo decir que don José Caballero Rodríguez tenía una detención por posesión de drogas, pero que al final se descubrió que era para consumo propio. Luego, otra más por una pelea en un bar y una citación por conducir borracho, a velocidad superior a la permitida y en dirección contraria. Pero para más detalles, persónese usted aquí con la documentación pertinente que la identifique a usted como su esposa y ya le detallamos fechas, horas y lo que haga falta.

Aprovechando que tu madre aún tiene el pavo en el horno, vas corriendo a casa de tu amiga por Nochebuena. Se lo cuentas todo. Llora. Se suena la nariz. Te mira con perplejidad.

Y tú le preguntas: — ¿Qué vas a hacer, nena?

Y ella te responde: — BAJAR LAS PERSIANAS Y APAGAR LAS LUCES Y LA TELE, porque mi hermana y su madre viven en el bloque de al lado y tienen que pensar que hemos salido a cenar fuera, porque él me dijo que de ninguna manera debían enterarse de que él está en la cárcel, para que no se preocupen.

Tomas el bolso con firmeza y, parando el primer impulso de estampárselo contra la cara, decides marcharte a casa a cenar (y no la mandas a hacer gárgaras porque la pobre está hecha unos zorros, pero te quedas con ganas).

Mientras pelas los langostinos, se te ocurre la genial idea: mañana mismo te pones la peluca de Pocahontas que tiene tu sobrina, pillas el coche y lo persigues a toda velocidad.

Adriana tiene que decirte a qué hora sale exactamente para cumplir esa condena tan resalá que se ha buscado ése.

—A las ocho y media —te dice desde el otro lado del teléfono.

—Allí estaré, descuida —le respondes—, tú no te preocupes por nada.

Pero, hincando el diente al ave, cavilas y decretas que vas a necesitar apoyo logístico. No puedes fijarte por dónde va, ocultarte a sus ojos y estar atenta al tráfico al mismo tiempo.

Y, además, conoce tu Peugeot naranja (que mira que el color es discreto). Bien, mañana le dirás a Pilar que te acompañe, que a ella ni la conoce.

Día siguiente - 25 de diciembre - Navidad Calle Payaso Fofó n.º 5 - Madrid - 8.05 p. m. Interior del auto de Pilar Santolalla.

Pilar está emocionada. Se ha excedido un tanto en el vestuario... Parece un personaje sacado de El laberinto de las aceitunas de Mendoza: pantalones negros, camisa negra, gabardina color crudo de Burberry, y enormes y oscuras gafas de sol (en día nublado). Es la primera vez que va a vivir una aventura similar. Está tan nerviosa que te aconseja que lo mejor es que conduzcas tú. Os cambiáis de asiento sin salir del coche.

Calle Payaso Fofó n.º 5 - Madrid - 8.12 p. m.

Un auto aparcado en la acera de enfrente contiene en su interior una sospechosa madeja de miembros (piernas, brazos, cabezas, caderas y traseros) moviéndose sin cesar. Se trata de sujetos no identificables, pero a uno de ellos se le ha caído el pelo al suelo.

Pilar sigue nerviosa, así que le da por sacar del bolso el neceser y se pinta un poquito. Lo hace con tal mal pulso que se mete la máscara de pestañas en el interior del ojo.

Calle Payaso Fofó n.º 5 - Madrid - 8.22 p. m.

El «objetivo» sale del portal y deposita una bolsa de basura en el cubo ubicado al lado de la puerta de entrada. Tras esto se dirige con decisión hacia un Mini Cooper, color negro, aparcado en el bloque trasero.

Con un ojo puesto en la pupila de Pilar y el otro en el portal, logras ver a José y, tras gritar una palabrota, estampas la cabezota de Pilar contra el cristal, pulsas sin querer el claxon del coche, no logras arrancar, vuelves a chillar una blasfemia.

Pilar te ayuda sosteniendo su cabeza y lográis salir tras él.

Calle Payaso Fofó número 5, Madrid - 8.24 p. m.

Un Mini Cooper negro sale a la carretera. Un Seat Panda azul se cala al intentar arrancar. Los primeros acordes de «La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar» se escuchan por todo el barrio [Pilar y su fea costumbre de personalizarlo todo, hasta el claxon del coche]

Todo va bien, pero llegáis a la esquina del Rayo Vallecano y se os pone el semáforo en rojo. Lo vais a perder... ¡que lo perdéis! Pilar sale corriendo del automóvil, se coloca tras la esquina con la espalda pegada a la pared como si estuviera sorteando invisibles balas del calibre 22, alarga el cuello como un avestruz y se pone a mirar hacia dónde se dirige.

Te saltas el semáforo, te pitan todos los turismos de alrededor, el conductor del monovolumen de al lado baja la ventanilla:

—Guarraaaaaa, anda y vete a fregaaaaa.

Enganchas del brazo a Pilar y la obligas a meterse en el interior, casi en marcha. Te señala hacia dónde se fue y pisas el acelerador.

Si la cárcel es la que le ha dicho a Adriana, por ahí no se va, desde luego. Pero tal vez el chico conozca un atajo. Pilar está excitadísima. Temes que vaya a sufrir una taquicardia de un momento a otro. Coge tu bolso y se enciende un cigarro extraído de tu pitillera (ella lo había conseguido dejar). A ti te está ahumando. Encima, los cristales están todos empañados de la cantidad de tiempo que os habéis tirado ahí dentro.

—¡No veo un pimiento, Pilar! —aúllas. Pilar abre la ventana y se le vuela el cigarro con el aire.

Cierra de nuevo la ventana y busca un chicle.

Cualquier calle del barrio de Vallecas, Madrid - 8.43 p. m.

El «objetivo» sigue conduciendo dos coches por delante. Huele a quemado.

Pilar, con la nariz arrugada, se pone a cuatro patas en busca de la colilla que se ha debido colar dentro, con el aire, y que debe de estar consumiéndose sobre la tapicería. Se asoma hacia el asiento trasero, mira por arriba, por abajo, por un lado, por el otro...

Cualquier calle del barrio de Vallecas, Madrid - 8.45 p. m.

El Seat Panda pega un frenazo. En el asiento del copiloto sólo se ven dos piernas que tocan el techo con las plantas de los pies.

El cigarro no aparece, pero empieza a salir humo, ¿de dónde? Vaya usted a saber. Un alarido histérico de Pilar te hace saltar del sitio:

—¡Ay, Mari! (ella os llama Mari a todas). ¡La peluca! —Y empieza a darte golpes en la cabeza

con las palmas de las manos—. ¡Que se te quema la peluca!

Pegas cuatro volantazos, logras arrancarte la peluca (en llamas), tirarla por la ventana y parar en el arcén de la carretera.

Cualquier carretera de Madrid 8.59 p. m.

Auto tirado en el arcén. Dos mujeres en el interior se cuentan las piezas. Están enteras. Ni rastro del «objetivo».

Telefoneáis a Adriana y, ¿qué os dice?, que vayáis a la cárcel a ver si ha ido. La vais poniendo «buena», por el camino (muy típico entre amigas).

Llegáis a Alcalá Meco.

Pilar se ofrece voluntaria para preguntar al guardia jurado.

Tarda cinco minutos.

Y diez más.

Pero ¿qué le estará contando? Parece que sacude mucho las manos sobre la cabeza. Él ríe a carcajadas, pero ella está muy seria y coloca la mano sobre su pecho.

Veinte minutos esperando a Pilar. Él le está apuntando algo. Estás segura de que te traerá toda la información y, además, reporte gráfico. De otro modo, no es posible. Ya viene..., muy sonriente. Y te dice que el chico este «tan atento» le ha dicho que ese nombre no le figura y que de ninguna manera nadie va a pasar sólo los fines de semana a la cárcel. Que, precisamente, a los que tienen buena conducta los dejan marcharse a sus casas los festivos y las vísperas.

Pues Adrianita aún tardó DOS MESES en plantar a su cariñito. Pilar y tú os hacéis cruces. Jamás supisteis dónde fue aquel día, ni los anteriores, ni los posteriores. Suponéis que Adriana tal vez sí lo sepa, y también a qué se dedicaba este elemento, pero, quizá por vergüenza, no os lo contó.

Los casos anteriormente descritos (David y José) no tienen nombre (ni apellidos). Y si los tienen, son humanamente impronunciables en nuestro idioma (quizá en alemán).

Afortunadamente no son muy comunes, por eso no les hemos concedido el honor de tener un capítulo propio en el presente ensayo. Pero el novio/marido SINVERGÜENZA es todo un clásico, mis pequeñas.

De la apasionante experiencia de llevar todos los números de la rifa para que te toque uno de éstos, también somos capaces de extraer el lado positivo: un individuo puede engañar a todo el mundo durante unos minutos, pero no a una sola persona durante toda su vida (¡qué alivio!).

A Helena, a sus casi veintiocho años, se le fue la olla por completo con el hombre tipo bollicao. Es decir, un yogurín de dieciocho abriles. A todas os extrañó mucho la salida de tono de vuestra amiga más cabal y juiciosa, la más realista; pero la verdad es que os relamisteis cuando conocisteis al piolín en cuestión. Kiko era lo más parecido al David de Miguel Ángel que habíais visto nunca, pero de carne y hueso.

Resultaba un soplo de juventud inyectado directamente en vuestras venas. Era hijo de sevillanos afincados en Madrid, de ahí su gran devoción por el Betis. Estudiaba y, como todos los chicos de su edad, se moría de ganas por experimentar el morbazo de ligar con una mujer de vuestra edad, a dos pasitos de la treintena.

Tras largas reuniones en las que no lograbais hablar de otro cotilleo mejor, Helena apareció envidiablemente juvenil.

Se había hecho unas rastas en el cabello y vestía de un modo muy informal. Parecía haber sustituido para siempre sus eternos Armani, Dolce, Moschino, Loewe, Verino y Hermés por Berhska, Zara, Rotweiller, Diesel, el Niño... Los pantalones tejanos, de talle muy bajo, y el top, muy ceñido, escotado y corto, dejaban al descubierto un pirsin en el ombligo.

Cuando se le cayeron las llaves del bolso y se agachó a recogerlas del suelo, pudisteis ver un tatuaje de un conejito del Playboy a la altura del riñón derecho y un hilito que podía ser el de su tanga (hubierais asegurado que no era precisamente de La Perla).

Además, Helena hablaba de forma extraña, no se la entendía bien. Hasta que Carlota te pegó un codazo y, mordiéndose la lengua, sacudió su cabeza en dirección a la boca de Helena. Enseguida reparaste en la bolita de plata que vuestra amiga tenía taladrada en la sin hueso.

Aquella noche, con los ojos iluminados por un brillo cegador, os explicó la maravilla de salir con

Kiko: largas horas en el chat del messenger, nicks que el chico ponía en su honor...

—¿Qué nicks? —preguntó Camila.

—Pues, por ejemplo: «Mi niña, te querré siempre» —contestaba ilusionada ella—, o «Y si fueras para toda la vida».

—¿Mi niña? —preguntó discreta Amelia.

—Eso... para toda la vida... —Camila os mira a todas—. ¿No es una canción?

—Sí —contestas tú.

—Ya, pero lo escribe por mí, para que yo lo lea... —responde muy seria Helena.

—Ah... Los botellones en los parques, las llamadas perdidas...

—¿Llamadas perdidas? —pregunta Adriana.

—Sí. —Se vuelve a iluminar su rostro—. Cada dos por tres... ¡Es más rico!

—Pero... ¿para qué te las hace? —Susana no entiende nada.

—Para que sepa que piensa en mí. —Sacude sus hombros Helena—. Y otras para que lo llame yo.

—Jooooddd... —se interrumpe Pilar—, eso es una llamada cobarde. Vamos, que la pagas tú.

Helena os mira con cara de estar a años luz de vosotras, pobres mortales que no habéis tenido el privilegio de disfrutar de una segunda adolescencia.

El siguiente mes, volvéis a quedar todas a cenar. Helena viene rapada al uno.

—¡Quéeee... qué mona! —se atreve a cumplimentar Pilar—. Estás... muy...

—Fastidiada —contesta ella—. En el colegio los niños me infestaron de piojos y con las rastas no había manera de acabar con ellos.

A los quince días de nuevo os citáis para cenar. Helena llega tarde y pone cara de tortura al sentarse:

—¡Me están matando las tangas! Creo que me están haciendo una fistula y de la hemorroide ya ni os cuento.

Era de esperar que en la siguiente ocasión ya no quedara ni rastro de Kiko.

Lo más grave no fue que cuando Helena quiso quitarse el tatu con láser le cobraran el riñón cubierto por la broma ni que el pirsin del ombligo le causase una infección; ni que un amigo de Kiko se pasara dos horas intentando desenganchar la bolita que Helena llevaba en la lengua del arito que Kiko llevaba en la suya, a causa de un romántico beso.

Tampoco que Helena, que ya no está para los trotes de pasarse muchas horas en pie, se sentara en TRES OCASIONES encima de la caca de un perro durante las veladas de botellón en los parques... Allí estaba la pobre, con el pelo al dos, con el esparadrapo en el riñón, otra tirita en el ombligo y hablando como una sorda trastornada cuando, llena de mocos y lágrimas, os explicaba que las llamadas «cobardes» se habían distanciado mucho en las últimas semanas hasta desaparecer del todo, y que el último nick había sido toda una tragedia.

—Cálmate, mujer —la arropó Susana—. ¿Qué ponía?

—VIVA ER BETIS MANQUE PIERDAAAA —berreó la pobre chica.

A Helena yo le recordaría aquel viejo y famoso refrán que dice que «quien con niños se acuesta, mojado se levanta». Y que eso de dormir en brazos de la mujer madura es para la juventud como una etapa que se ha de quemar y, cuando ya se quema, deja de tener su gracia. Por otra parte, si el niño busca una femme fatale, no se va a contentar en absoluto con Sarita Montiel vestida de Lolita.

No hay nada mejor que envejecer con dignidad (os aconsejo mi libro) y ser coherente con la propia edad y con el tiempo que le toca vivir a una.

Helena nunca tuvo término medio. Así que pasó de Juanillo a tío Juan de la noche a la mañana. Su siguiente relación fue con un madurito casado.

Tardó un año en contárselo (un hombre roscón de Reyes). Y era de los que odian a sus esposas pero nunca llegan a separarse. Éste debía de ser del gremio de José, porque un síntoma del casado es no aparecer los fines de semana ni los festivos, pero éste sí lo hacía. ¡A saber la disculpa que le daba a su mujer!

Así es que hoy dice que se ha retirado definitivamente. Que ya está muerta de cintura para abajo

y que los hombres le dan mucha pereza.

Amelia empezó a salir con un sordomudo. Os las prometías muy felices, porque la verdad, para lo que tienen que decir muchas veces, mejor que se queden callados. Pero no funcionó. Ella dice que era porque él no escuchaba el tono con el cual decía las cosas. Vamos, que a veces le contaba un chiste, pero él se quedaba con cara de mosqueo. Y que en otras ocasiones le estaba echando la charla, con un toque de ironía sarcástica, y él iba y se mondaba de la risa. Y luego estaba el lenguaje de los signos, que la pobrecita mía acababa con agujetas. ¡Que hasta hizo pectorales la chiquilla! (porque, claro, no vais a desconfiar de su palabra cuando os aseguró que no se había puesto implantes de silicona).

Pero no todo son desgracias.

Carlota está encantada con su chico, Ángel Ricardo. Se lo trajo de la República Dominicana y están muy a gusto juntos. Salvo que padeció unas venéreas muy sospechosas (aunque desconoce a ciencia cierta quién se las contagió, ¡vaya usted a saber!, porque en la República Dominicana no sólo ligó con dominicanos).

Y Susana se casó con Alejandro. Un hombre fascinante y, además, rico. Se queja de que la familia política y los amigos del millonario la miran con malos ojos, por encima del hombro, y le hablan con lengua viperina.

Cecilia (así, a lo tonto y después de haberse liado con tantos hombres como viajeros en el puente aéreo cualquier día laborable) descubrió que era gay. Ahora tiene pensado casarse con su profesora de danza del vientre. Dice estar muy enamorada.

Lo único malo es que LAS DOS SON MUJERES.

Y se tiran horas y horas pensando en qué demonios estará pensando la otra, que si le va a sentar mal que ella haga esto o lo otro, que si cuando ha dicho que sí, en realidad quería decir no, que esta noche no puede quedarse mucho tiempo con vosotras porque su chica le ha dicho «que no tenga prisa en regresar y que se lo pase muy bien» (¿Ein?), que hoy tiene la regla y está un poco impertinente, que hay que tener tacto y, sobre todo, traerle algún detallito para que se contente, que de ninguna manera se puede acostar más tarde que la otra (por interesante que esté el «¿Dónde estás, corazón?»), a ver si se va a creer que pasa de ella, que no se le olvide ninguna fecha importante (el cumpleaños, el aniversario, el día del primer beso, el día en que se declaró...), es decir, ¡¡un horror!!; ¡¡complicadísimo todo!!

Y a todas se os pasa un año más y tú cumples los veintinueve.

Y Pilar un día os da la buena noticia: ¡SE CASA! Y estáis invitadas, por supuesto, pero no sólo eso, sino que además os tenéis que vestir todas con sendos vestiditos vaporosos (rosas) y con pamelitas floreadas. En fin, esta Pili ha visto muchas americanadas, pero lo haréis por ella. ¿Qué le vais a hacer? Si es por que una de vosotras encuentre un buen marido, se hace lo que sea. ¡Hasta vestirse de Gunilla von Bismark! Y de repente saca la foto de su chico y ¡ay, cómo te suena! Pero ¡¡si es el guardia jurado de la cárcel festiva de José!! Empiezas a creer en el destino y aprendes a ver el lado positivo de las cosas. La cara amable de la vida... ¡Qué cosas! ¡Qué vida esta! El sufrimiento de Adriana era necesario para que Pilar hallara su felicidad.

Conclusiones Finales ¡Quiero Un Marido Español!

«Algunos matrimonios acaban bien, otros duran toda la vida.»

WOODY ALLEN

Ha llegado el momento del adiós. Es mi último capítulo para esta sección y, si quieres que te sea sincera, no tengo ni idea de cómo terminarlo. Tengo un pequeño conflicto interno. Sé lo que tú esperas, esperas un desenlace feliz.

Pero ¿qué es la felicidad para ti? Puedo adivinar que, influida como todas por las comedias americanas y los cuentos que nos contaron en nuestra niñez, esperas que acabe en matrimonio.

Busquemos en el diccionario el significado de la palabra:

matrimonio. (Del lat. matrimonium).

1. m. Unión de hombre y mujer concertada mediante determinados ritos o formalidades legales.
2. m. En el catolicismo, sacramento por el cual el hombre y la mujer se ligan perpetuamente con arreglo a las prescripciones de la Iglesia.
3. m. coloq. Marido y mujer. En este cuarto vive un matrimonio.
4. m. P. Rico p. us. Plato que se hace de arroz blanco y habichuelas guisadas.

Y vamos a analizar el resultado de la búsqueda:

a) El matrimonio es una acción tan arcaica que apenas varía dos letras de la nomenclatura latina: (restamos la «o» y añadimos: «um»).

b) El matrimonio es un sustantivo masculino. Parece una coincidencia, pero no: él es quien pide en matrimonio, él es quien lo conserva, él es quien toma la decisión de llevarlo, o no, a buen término; y nosotras somos, generalmente, las que pedimos la separación (sustantivo femenino).

c) Prestemos atención a los términos: ritos, formalidades legales, sacramento, arreglo, prescripciones, perpetuamente, cuarto, arroz blanco, habichuelas guisadas... (puf, no pinta nada bien esto).

Generalmente, en los cuentos de hadas el final siempre se lo reservaban al matrimonio: «Se casaron, comieron perdices y fueron felices por siempre jamás». Vamos a ver, ¿fueron felices por siempre o jamás?

Nadie nos contó lo que sucedía después: si la reina madre se autoinvitaba al castillo en horas inoportunas y pasaba el dedo por los muebles para comprobar si estaban limpios; tampoco nos hablaron de las jornadas de caza del príncipe que se alargaban hasta la madrugada, o de si dejaba las calzas tiradas por cualquier lado en el saloncito rosa, o de si ayudaba a los quehaceres en palacio. ¿Contaba cuentitos a los principitos y los bañaba, alimentaba y arrojaba por las noches? ¿Y sobre aquel ogro? ¿Te contaron que se hicieron íntimos y se marchaban a la posada a tomar pintas de vino hasta que anochecía y la princesa se resignaba a cenarse las perdices (congeladas, porque la caza no daba sus frutos) en su estado inicial?

Sí, querida, el ratoncito Pérez no existe. ¡Y los Reyes Magos son los padres! Estudiemos seguidamente nuestros antecedentes. ¿Qué nos dijeron nuestras abuelas?

Materna: «A tu padre no hay quien lo aguante, no sé cómo mi niña ¡con lo que valía! pudo casarse con ese hombre, la verdad», o «Dios te lo pague con un buen marido, hija, que de novios son tós mú buenos, no te vayas a creer».

Paterna: «A tu abuelo había que atarlo en corto. Nada parecido a mi hijo, que es un santo varón», o «Si ya lo he dicho yo siempre, el mejor... colgao».

¿Y nuestras madres? «Poco toleráis hoy. ¡Con lo que he tenido que soportar yo a tu padre!», «Porque yo no tenía dónde caerme muerta, que si no... iba yo a estar aquí».

Y mientras te dejo ese planteamiento para que lo estudies con profundidad, te voy a contar las visiones que he tenido durante este último mes. Son importantes, te lo aseguro. Estoy convencida de que la vida nos muestra muchas veces el camino que debemos seguir a través de escenas que pone ante nuestros ojos y en las que somos incapaces de reconocer una revelación. Las observamos y las encontramos de lo más cotidianas, sin analizarlas como se debiera.

El otro día fui a pasear al monte con mi perro. Nos encontramos con una cabra cuyos cuernos se habían quedado atrapados en una alambrada que separaba el monte de la carretera.

Fui a por mis herramientas y, con mucho esfuerzo, logré cortar la alambrada y dejar libre a la

pobre cabra que me miraba con ojos aterrados (sobre todo a los alicates). La cabra, lamentablemente, quedó al otro lado de la red, es decir, en la parte de la carretera. Le chillé, corrí tras ella, intenté sostenerla por los cuernos y arrastrarla hacia el monte, animé a mi perro a que la asustara, me dio una hermosa coz y acabé de bruces contra el barro. Nada. Me quité el jersey y comencé a torearla:

—¡Accca, uuuuu! ¡Accca! —Pero la cabra se dirigía derechita a la calzada.

Me metí en el coche y empecé a pitar con furia... La cabra me miró con aires de superioridad (le faltó sacarme la lengua) y siguió su camino tan contenta hacia la autovía. Yo quise ayudar a la cabra, eso está claro, pero ¿y la cabra? ¿Quería la cabra mi ayuda?

La segunda visión fue en la óptica el día que fui a graduarme las gafas. Allí había una señora de unos sesenta años acompañada de la que parecía ser su nieta. Yo, lógicamente, no presté la menor atención ni a la señora ni a la chica, y me dediqué a lo que había ido a hacer. De repente, la señora comenzó a dar saltos de alegría:

—¡Qué maravilla! ¡Qué bien veo! Parece mentira que haya podido manejarme sin ellas.

Llevaba unas gafas puestas, así que me pareció de lo más normal. Pero la joven que la acompañaba estaba muy sonrojada y las dependientas se mordían los labios para evitar echarse a reír. Cuál no fue mi sorpresa, al mirar con más atención, cuando me percaté de que la pobre mujer sólo se estaba probando una moldura sin cristal.

¿Te das cuenta? Nos quejamos de que no hacemos más que estamparnos contra las farolas porque no las vemos. Pero, en realidad, lo que ocurre es que sólo vemos lo que queremos ver.

Mi tercera visión fue en el metro. Una mujer madura entró en el mismo vagón que un joven que llevaba una barra de cortina. La carcajada general fue tan escandalosa que interrumpió mi lectura. Observé todo cuanto estaba a mi alrededor, tratando de comprender qué hacía tanta gracia, hasta que reparé en la señora: la mujer se había sujetado a la barra que llevaba el muchacho pensando que era el asidero del vagón, y el pobre chico (rojo como un tomate) se esforzaba en mantenerla erguida, para evitar que la señora se rompiera las narices contra el suelo. ¡Y es que no miramos por dónde vamos!, y nos agarramos a cualquier cosa con la intención de encontrar nuestra estabilidad.

Y, dicho esto, te animo a que pienses en los mensajes que te va dando la vida.

Ahora sólo falta reaccionar y escribir en un papel tu escala de valores, las metas fundamentales a las cuales te gustaría llegar en la vida, qué necesitas para llegar a ellas y cómo eres y cómo deberías comportarte para lograrlas.

Dependiendo de lo que contestes, tendrás un amplio abanico de posibilidades de elección del hombre adecuado:

- Si eres fantástica y estás convencida de serlo... es decir, si nada va a afectar a tu autoestima, puedes elegir un hombre cerdo.
- Si estás dispuesta a estar toda la vida de segundo plato, decántate por un hombre perro del hortelano.
- Si tienes mucha paciencia y no te mueres, precisamente, por disponer de espacio vital para ti misma... Si no consideras primordial tener independencia, el hombre pegatina es el ideal.
- Si lo que quieres es una buena amistad y no te importa el sexo, puedes tirarle los tejos a Gonzalo, «el hombre ideal».
- Si vives de cara al exterior y sólo te preocupa que tus amigotas te envidien, el metrosexual-macho ibérico será un buen compañero.
- Si, por el contrario, tu mundo interior es lo que te priva, sal con un atormentao. Vas a tener largas conversaciones contigo misma.
- Si no quieres más que pasarlo bien, dedícate al turismo sexual.
- Si lo que deseas es quedarte viuda muy pronto, elige al venusino psicotrópico: si no lo matan las drogas, se desnucará cayéndose de cualquier árbol.
- Si no le concedes la menor importancia a ser una cornuda y saberlo (que es casi lo peor) decídete por el hombre tío legal.
- Si quieres vivir un cuentito de hadas sin final y no te importa nada eso de ser feliz, comer

perdices y tener un montón de críos, pues Peter Pan estará encantado de pedirte el billeteo o la cartilla de la cuenta corriente cada vez que no llegas a fin de mes.

Es muy importante que busquemos algo similar a lo que nosotras podemos ofrecer. Esto es: si no somos cariñosas, no podemos pedir un hombre tierno, al final terminará quejándose de que nunca le damos dulzura; si no somos ricas, mejor es que no elijamos un hombre billonetis: si él no lo hace, quizá lo haga su mamá, pero alguien te echará en cara algún día que tú no has aportado ni un florín de todo lo que disfrutas. Y te molestará, te lo aseguro; si no tienes una mediana formación académica, no salgas con un lumbreras: él y sus amigos sabelotodo se van a tronchar de la risa con tus meteduras de pata y tus limitaciones culturales; si eres casera y familiar no te decantes por un comercial, por un ejecutivo agresivo que no para por casa, que va a conocer a muchas personas en su trabajo, que, además, tiene que intimar con ellas o salir a cenar fuera, o a ferias, a congresos, a viajes, etc., uno de esos que, cuando tú ya te resignas a comerte la tortilla fría y disecada, llega tardísimo a cenar oliendo a gambas a la plancha.

No hay nada peor para la pareja que el hecho de que cada uno evolucione en una dirección opuesta a la del otro. Cuando eres jovencita, no te entra en la cabeza. Tu madre te dice: «¿Cómo vas a salir con un chico que trabaja de operario en una fábrica?». Y tú le dices con sonrisa de boba: «¡Es que lo quiero!». Vale, cuando seas médico y te rodees de médicos con los que hables de otras cosas que no sean fútbol... Cuando veas que tu nómina es la que saca adelante la casa, los estudios de los niños, la comida, los veraneos... y él es incapaz de mover un vaso de la mesa al fregadero... Cuando tú tengas planes, sueños que quieras cumplir, metas, ambiciones... y te enteres de que lo primordial para tu marido es llegar a fin de mes, que su equipo gane la liga y que no le suban la caña en el bar...

Entonces y, sólo entonces, comprenderás a tu madre.

No subestimes el dinero. La carencia de dinero causa mucho estrés y muchas preocupaciones. Si no todo va bien entre una pareja que tiene un techo, comida, luz, agua y gas, imagínate la mala uva que vais a tener si no disponéis de lo esencial. No vais ni a poder daros los buenos días, por no ofender.

Tampoco subestimes a los niños. Es un problema que vosotras deseéis ser madres y ellos prefieran no tener hijos. ¿Cómo vais a solucionar esto?

Y tampoco creáis que los niños unan. Todo lo contrario: los niños son causa de muchas discusiones. Si no va bien en vuestro matrimonio, olvídate de los churumbeles.

Tú ya le has dado vueltas a todas estas cosas y te has contestado como generalmente lo haces: «Yo lo que quiero es un hombre normal. Yo lo que pido es un marido normalito, como todos. Vamos, lo que es un marido español: que se le caiga el pelo y eche barriguita, pero que me trate como a una persona, que me respete, que me considere, que discuta conmigo, ¿por qué no?, pero que yo no tenga dudas sobre lo mucho que me quiere; que mire a las señoras de buen ver que pasan por su lado, pero que no me ponga los cuernos a la de tres... Alguien con quien charlar y reír, o sobre el que llorar cuando una se encuentre mal».

Pero yo sé, positivamente, que mientras lo dices lo que estás escuchando es: tictac, tictac, tictac... El reloj biológico. Y anclada en esta situación, llega el día de la boda de Pilar.

Ahí estáis todas, en el altar esperando que aparezca vuestra amiga. A ver qué pinta lleva, porque si ha elegido el traje de la novia como el de las damitas de honor, su chico va a salir corriendo antes de que termine la marcha nupcial. Parecéis las Willis del ballet de Giselle. Peor, las Barbies menopáusicas.

La verdad es que tiene mala leche esta Pilar, seguro que lo ha hecho a propósito. Aún se acordará del numerito de la boda de Susana: todas ibais como si os presentarais a la elección de Miss España y, encima, os pegasteis por el primo catalán del novio.

Os miráis de arriba abajo unas a otras, con cara de guasa; y a la que recibe la mirada le dan ganas de gritar: «¿Y tú de qué te ríes, gilipollas?».

Falta una... ¡Vaya por Dios! Falta Carlota. Ya sabías tú que alguna tendría que dar la nota. Os había comentado que su suegra había apuñalado a su actual marido (que es el padre del tercer hermano de Ángel Ricardo) porque se lo encontró pasándose «chévere» en su propia cama con

una «pelona». Su marido y ella tenían que viajar a Santo Domingo porque iban a encarcelarla. Sobre todo, tenían que pagarle un abogado.

Os quedasteis pensando si os estaba contando el último capítulo de «Amol Traidol» y os sonó tan surrealista que os dio vergüenza preguntarle si iba en serio o se estaba quedando con vosotras. Ahí viene el novio. Está hecho un flan. Su hermano le está colocando la corbata, pero se detiene a miraros y se sonríe resoplando.

—¿Qué te hace tanta gracia, idiota? —le pregunta Helena.

—Nada, nada... — e encoge de hombros—. Es que la comunión era a las doce...

Helena se coloca con los brazos en jarra dispuesta a gritar una ordinariez. Pero entre todas la sujetáis y tratáis de calmarla.

Carlota llega corriendo, con la cremallera bajada, enseñando la ropa interior, con los zapatos en la mano y calzando unas Nike sobre unos calcetines cortos blancos. El hermano del novio se ríe a carcajada limpia, y eso no lo podéis consentir. Sois vosotras las únicas que tenéis derecho a criticar el aspecto de vuestras amigas.

—¿A que te lanzo la pamelita desde aquí y atino a esa boca que tienes? —Esta vez has sido tú la que has perdido los nervios.

—¡No, por Dios! —Te muestra las palmas de las manos—. ¡No me apuntes con la pamelita, que a esos cacharros los carga el diablo!

—¡Joer, Mariano! —le riñe el novio—. ¿Qué te cuesta guardar, por un día, la compostura?

Vosotras os azuzáis unas a otras con risitas infantiles y nombráis a todos los Marianos que os vienen a la cabeza: — Mariano el de Forges, Mariano-Mariano, Marianico el corto, Mariano de «Aquí no hay quien viva»...

Mariano os perdona la vida con la mirada y regresa a su sitio, al lado del novio.

Carlota se descalza en la escalera del altar sin el menor decoro, se pone los zapatos y le da a una señora del primer banco sus zapatillas con los calcetines dentro. Camila le sube la cremallera del vestido. La enojada señora toma las deportivas con dos deditos a modo de pinzas y hace una mueca de entre asco y fastidio.

Ahí viene Pilar del brazo de su padre. Está radiante. Guapísima.

Y se la nota muy feliz. Lo mismo es que está borracha, porque la despedida de soltera os ha durado una semana, hasta ayer por la noche. Lo habéis hecho todo, no faltó ni un detalle: los órganos genitales a modo de peinetas sobre los velos, el restaurante mexicano, un spa, el boys... Ha terminado la ceremonia, y habéis firmado vosotras y los testigos del novio. Posáis todos junto a los novios para la foto de rigor.

—A ver... las de las pamelitas —se chotea Mariano— que se separen un poco, que no van a salir más que ellas.

Le fustigáis con el látigo de vuestra indiferencia.

Una vez fuera de la parroquia, Pilar tira el ramo... Y ¿a que no sabes a quién le cae? Exacto: te cae a ti, pero con tanta fuerza que te ha desclavado de la coronilla la pamelita y te ha deshecho el moño. Además, te ha arañado con un alfiler el cuero cabelludo y te ha hecho sangrar.

He aquí tu primera visión. Pero tú sólo llevas la moldura de las gafas, sin cristales.

Llega la hora del banquete. Cenáis estupendamente y comienza el baile. Bailáis todas las coreografías que os sabéis: el YMCA, el Tiburón, La Macarena...

En un momento, os abrazáis y cerráis los ojos. Por una vez, todas habéis sentido idéntica necesidad al mismo tiempo: la de sentir calor humano, afecto; la de saberos queridas. En cuestión de unos segundos te pasa la película de vuestra vida juntas: las fiestas del pijama saltando sobre las camas y a almohadazo limpio, los soplidos a las velitas de las tartas de cumpleaños, vuestros nombres escritos en las puertas de los aseos del instituto, las interminables conversaciones telefónicas encerradas en los armarios, vuestras compras juntas, las chuletas que hacíais en la cafetería de la facultad... ¡Tantos años! ¡Tantas anécdotas! ¡Cuánto os habéis querido y cuánto os habéis odiado! ¡Cuántas veces os habéis criticado unas a otras! Pero no podrías haber vivido sin ellas. Y con la imagen de aquellas vacaciones en Marbella cuando, de regreso a Madrid, todas cantabais en el coche (como los que llegaron de Cuba) observáis cómo

Adrianita se os cae redonda en mitad de la pista. Tiene una cogorza de padre y muy señor mío. Te presentas voluntaria para sacarla a dar una vuelta por el jardín y ventilarla un poco. Y allí está Mariano, fumándose un cigarro y tomando el fresco.

Te mira, lo miras. No está mal del todo el Mariano. Tiene porte. Es alto y delgado, pero tiene anchas espaldas y adivinas, aun bajo la chaqueta, unos prominentes bíceps. Tiene la frente grave, mirada profunda de ojos claros ¿verdes?, pómulos marcados, nariz ancha, labios carnosos y mandíbula cuadrada. Se da cierto aire a Rob Lowe. El caso es que —sin dejar de sostener a Adriana— lo observas como si acabaras de reparar en él. Y a él le agrada tu mirada, lo has notado.

Se acerca.

—be... be has setao bal los... los clabares... —consigue articular Adriana.

—¿Te traigo algo de beber? ¿Una manzanilla? ¿Una tónica? ¿Un café? —pregunta él discretamente, dispuesto a ayudar. Ni tan siquiera recuerda que no había calamares en el menú.

Adriana no contesta, tiene hipo. Lo haces tú en su lugar:

—No, gracias.

—Hemos empezado un poco mal, ¿no? —se disculpa—. ¿Cómo te llamas?

—Natalia.

—Ah, como la canción de Nino Bravo —bromea él.

—No. —Te pones seria—. Ésa era Noelia.

—Es verdad —asiente.

—...

—...

—Hace buena noche —rompe el silencio.

—Sí, no se está mal —contestas buscando a Adriana con la mirada.

—... se... se te ha caído —te aclara él. Y tú no sabes a qué se refiere. Pero él te señala el suelo.

Adriana está postrada a vuestros pies, todo lo larga que es y con los ojos muy abiertos y bizcos. Ambos os agacháis para levantarla, pero vuestras cabezas chocan. Segunda visión.

Mariano, tras palpar el lugar del golpe como si estuviera comprobando la presencia de un chichón, la toma en brazos y la sienta en una silla. Y tú, repentinamente, envidias a Adriana. Mariano se despide con una sonrisa y desaparece de tu vista.

Cuando Camila te hace el relevo de la guardia, vuelves a entrar y lo buscas con la mirada. I finally found someone de Barbra Streisand y Bryan Adams está sonando en la sala. Mariano te saca a bailar y se pasa toda la noche a tu lado.

Tercera visión: tú te dedicas a traducir la letra. ¡Ay, sí, qué bien! ¡Al fin encontré a alguien! Pero someone, literalmente, también se puede traducir como «alguno». Vamos lo que se dice: uno por ahí.

Es muy normal, muy de andar por casa. No es un metrosexual, ni un modelo. No es un cráneo privilegiado, una inteligencia fuera de lo común. No tiene mucho dinero, ni un fantástico descapotable, ni cuentas en Suiza... Es un simple jefecillo de Recursos Humanos de una empresa de cosmética que se sacó la carrera de economista, como su hermano, haciendo de guardia jurado o de conserje de hoteles, durante las noches. Le encanta el fútbol y, encima, es del Atleti. Un sufridor... Y, además, se ha pasado gran parte de la velada contando chistes machistas; sí, pero te ha hecho gracia. Y a ti te encanta que te hagan reír, no me lo niegues.

Y en menos de un año, Mariano te va a pedir que te cases con él. A Mariano no le gusta perder el tiempo, tiene las cosas claras. Tú ya tendrás los treinta, y él treinta y cuatro. Es todo lo que pedías ¿no? Un Mariano de la vida, un marido español. ¿Aceptas?

Se terminó la boda y ya de madrugada, saliendo del hotel, Mariano te pide el número de teléfono. Puedes darle el falso, o el auténtico. Tú verás. Sonrías, pero Mariano sigue esperando tu respuesta (tictac, tictac, tictac...).

Piensa que padeciste lo tuyo con Jorge, sufriste con dignidad lo de Pablo, soportaste pacientemente a Daniel, agradeciste tu amistad con Gonzalo, Javier te jorobó aquel maravilloso puente con sus escatológicas patologías, lloraste a Gabriel, te consolaste con los hombres clínex,

y hasta pudiste reír con Armando. Esperaste (con tu freno de mano echado) a Sebastián hasta que perdiste toda la fe y te llenaste de celulitis, de patas de gallo y de código de barras con Miguel...

¿Te parece Mariano el «asidero» idóneo? (Tictac, tictac, tictac...).

¡Nena, que Mariano espera! Deja, al menos, de poner esa cara de mema. Está bien. Yo ya dejo de escribir. Vas a tener que apañártelas tú sola, rica.

¿FIN?

* * *

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad o semejanza con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.